

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1873. — TOMO XLI.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 32. — N° 1,056.

SUMARIO.

Monseñor Aguirre; grabado. — La santificación del domingo. — La guerra de los carlistas en España; grabados. — Revista de París. — Lo que será Madrid cuando España haya perdido la cabeza. — El valle de Josafat; grabado. — M. Gladstone, defendiendo el bill sobre la Universidad de Irlanda en la Cámara de los Comunes; grabado. — Mara ó la joven desconocida. — La crisis ministerial en Inglaterra; grabados. — Escenas de la vida holandesa; grabado. — El manuscrito de un loco. — África: Expedición francesa al Sahara argelino; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Monseñor Aguirre,

2º OBISPO DE GUAYAQUIL.

I.

Al presentar hoy el grabado del Ilustrísimo y Reverendísimo monseñor Aguirre, muerto el 14 de mayo de 1868, no nos proponemos escribir su vida, que sería obra de muchas páginas, y si hacer conocer en pocas líneas y muy á la ligera los distinguidos méritos, virtudes y eminentes servicios que forman la gloria de su carrera eclesiástica.

El Ilustrísimo y Reverendísimo monseñor José Tomás Aguirre y Anzuategui nació en la ciudad de Santiago de Guayaquil, el 21 de diciembre de 1803, y fué regenerado en las aguas del bautismo el 24 del mismo mes. Tan fausto



MONSEÑOR AGUIRRE, SEGUNDO OBISPO DE GUAYAQUIL.

acontecimiento no pudo menos que proporcionar á sus legítimos padres el señor don Manuel Aguirre y la señora Francisca Anzuategui, como á toda la familia del nuevo infante, una verdadera noche buena.

Criado en el santo temor de Dios, su vida fué siempre pura é irreprochable, como lo atestiguan los hechos desde su mas temprana edad. Tuvo por maestro de primeras letras al señor don Policarpo Luzo, y de gramática latina al religioso mercenario fray Miguel Cumplido. Nuestro pastor señor Aguirre concluyó sus estudios en el colegio seminario de San Ignacio de Loyola, que fundó el Ilustrísimo señor obispo de Cuenca, don José Ignacio Cortazar, siendo sus directores los señores presbíteros doctores Andrés Billamagan y Pedro Ignacio Benavente, que figuró despues como arcediano del venerable capítulo y obispo auxiliar de la arquidiócesis del Perú. No es por demás referir aquí, que durante la permanencia del señor Aguirre en el colegio seminario, no descuidó la asistencia á la clase de música á que era muy afecto, y fué tal su aprovechamiento, que le vimos tocar con destreza varios instrumentos. Diez y ocho años tenia nuestro santo obispo cuando hizo confesion general, observando siempre una vida ejemplar nunca desmentida. En 1828 viajó para Lima en union de su estimable familia, permaneciendo en esta capital hasta el año siguiente. Era tanta su virtud, que aun se creía indigno de pertenecer al ministerio sacerdotal; pero siempre hu-

milde y obediente, se resignó á cumplir los preceptos de su director espiritual el reverendo padre Perez, comendador de la Merced, sacerdote que gozaba de muy buena reputacion. Por diciembre de 1830 pasó á la ciudad de Quito con la firme resolucio de pedir al obispo de esta diócesis le confiriera el sacerdocio; pero la Providencia, con el fallecimiento del Ilustrísimo obispo señor don Rafael Lazo de la Vega, quiso no se cumplieran por entonces tan ardientes deseos. A principios del año de 1831, optó el grado de doctor en sagrada teología en la universidad de Quito, y volvió inmediatamente á emprender viaje á Lima. El Ilustrísimo señor obispo don Calisto Orihuela le confirió las sagradas órdenes en las tóporas de diciembre en el pueblo de Lurin, é investido ya, el señor Aguirre, del carácter sacerdotal, regresó á su país en enero de 1832, y cantó la primera misa el 8 de abril del mismo año en la iglesia matriz de Guayaquil, en la que desempeñó las funciones de sacristan mayor, hasta que Su Santidad Gregorio XVI, en 1837, erigiendo la provincia de Guayaquil en diócesis, nombró diocesano al recordado señor doctor don Francisco Javier Garaicoa, á quien quiso acompañar en su viaje á Quito á mediados de 1838, cuando partió con el fin de consagrarse. Siempre amigo decidido del señor Garaicoa, el entusiasmo del señor Aguirre hizo que á su regreso se adelantara en el camino para preparar la entrada triunfal del primer obispo, siendo él mismo el que le llevara la cauda. Sus virtudes y su constante consagración en el desempeño de su sagrado ministerio, le hicieron acreedor á ocupar, de los primeros, una prebenda mayor en el coro, tan luego como se erigió la catedral de Guayaquil el año de 1839. En 1842, monseñor Aguirre se hizo cargo del colegio seminario de San Ignacio, por haberse separado de dicho establecimiento, á causa de su mala salud, su hermano el señor don Manuel Aguirre, eclesiástico muy estimable y distinguido por su virtud, bastos conocimientos é instruccion.

Quien como nosotros haya conocido el carácter laborioso é infatigable del ilustre prelado, le será fácil comprender que á pesar de su doble cargo de canónigo, rector del colegio y maestro de filosofía y sagrada teología, siempre pudo llenar cumplidamente sus deberes, sin faltar á ninguno, en el dilatado espacio de diez y nueve años en que estuvo á su cargo el seminario.

Quien le vió tan solícito por la educacion de la juventud, quien como á padre tierno tomar entre sus brazos y sentar sobre sus rodillas á sus discipulos, y formar rueda con ellos en los juegos inocentes que les permitia, no podrá menos que recordar con ternura esa feliz época que formará una de las mas brillantes páginas de su vida.

Demasiado largo se haria este escrito si nos propusiéramos referir aquí uno á uno los hechos practicados por el Ilustrísimo señor Aguirre, como rector del seminario, y que tan justamente le conquistaron el amor y la veneracion de la juventud. Sea suficiente el que pasamos á referir. Una noche estando los seminaristas reunidos en la capilla despues de la distribucion de costumbre, les pidió perdon por todo aquello en que pudiera haberles ofendido, y puesto de rodillas, les fué besando los piés. Esta sola demostracion del virtuoso prelado que nos ocupa, es mas que suficiente para dar una verdadera idea de la mansedumbre y humildad del que debia ser elevado mas tarde, por la Divina Providencia, á la sede episcopal.

Nombrado el señor Aguirre, por la legislatura de 1850, obispo de Guayaquil, los trastornos políticos que desgraciadamente oprímieron el país por entonces, no dieron lugar á que se llevara á cabo su consagracion, habiendo sido ya preconizado por Su Santidad el Sumo Pontífice, y la Iglesia tuvo que sufrir la viudedad por el dilatado espacio de once años. El Congreso de 1854 le volvió á nombrar obispo; pero el virtuoso prelado hizo entonces formal renuncia. Hubo otro congreso en que apareciera su respetable nombre entre otros candidatos para el obispado; pero no tuvo efecto el nombramiento de ninguno.

Natural era, pues, que al disiparse la tormenta revolucionaria que afligiera por tanto tiempo á la República, y en la cual ni la Iglesia estuvo exenta de los tiros envenenados de la discordia y division, volvieron á lucir con mas brillo los indisputables méritos y antiguos servicios prestados á la Iglesia por nuestro virtuoso prelado: su contraccion en el desempeño de su sagrado ministerio, las prendas esclarecidas de su ingenio, unidos á la proverbial pureza de sus costumbres, le hicieron merecedor de llevar en sus manos el báculo de los apóstoles.

Pasemos á compendiar ahora rápidamente algunos hechos de su vida pastoral.

II.

El 28 de febrero de 1861 elevó Su Excelencia el presidente de la República, señor don Gabriel García Moreno, las preces á Su Santidad para que aprobase la eleccion que se habia hecho en el señor Aguirre para obispo de Guayaquil, y nuestro Santísimo Padre Pio IX le proclamó solemnemente en el consistorio de 22 de julio. No es fácil describir las demostraciones de júbilo y regocijo que tuvo el vecindario á la llegada de las Bulas, siendo innumerables los parabienes que recibiera nuestro virtuoso prelado por tener abiertas las puertas de su palacio á toda clase de personas. El 29

de agosto se tocó la sede vacante de la canongía teológica que ocupaba, y el 28 de octubre monseñor Aguirre se hallaba en el Perú en el pueblo de Chorrillos, en donde hizo la profesion de fe ante el Ilustrísimo señor don Pedro Tordoya, obispo de Tiberiopolis, y á su regreso á la capital, el Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Sebastian Goyeneche y Barreda, dignísimo arzobispo de Lima, le consagró en la mañana del 3 de noviembre en la iglesia del Sagrario, con asistencia de los señores doctores don Ignacio Benavente, arcediano de la Metrópolis, y don Manuel Bandimi, maestrescuelas. El 13 se embarcó el señor Aguirre en el puerto del Callao, y llegó al de Guayaquil el 20 por la noche. Los repiques de campanas del día 21, y un inmenso pueblo que le seguia, nos anunciaba la entrada triunfal y la posesion que tomara de su Iglesia con el ceremonial de estilo.

Recibida pues la uncion episcopal, y ya de regreso entre su amado pueblo, empleóse únicamente, nuestro amado obispo, en las sagradas funciones de su augusto ministerio. Siendo su principal cuidado y atencion la visita de los pueblos, recorrió la provincia de Manabi, esparciendo la fructifera semilla del Evangelio por medio de la predicacion, atendiendo con esmero á las necesidades de las parroquias, y administrando el sacramento de la confirmacion á 21,182 personas de ambos sexos en el trascurso de cincuenta y cinco dias en solo once pueblos. En 1863 asistió el señor Aguirre al primer concilio provincial reunido en Quito, y por el breve de 31 de octubre de 1864, el Soberano Pontífice le honró particularmente nombrándole prelado doméstico y asistente al Sacro Solio Pontificio; y no solo en esta ocasion demostró el Santo Padre la adhesion que tenia por tan ilustre y virtuoso prelado, sino que á su llegada á Roma le visitó personalmente en el hotel de la Minerva, el día 19 de junio de 1866.

Puesto al borde del sepulcro, monseñor Aguirre, á consecuencia de la grave enfermedad que le atacó á los pocos dias de su llegada á la capital del mundo católico, un amargo desconsuelo deberia haber atormentado el alma sensible de nuestro venerable obispo al verse tan lejos de su patria y de sus amados diocesanos; pero se le vió sufrir las dolencias de su lecho con ejemplar resignacion, y la Providencia le restituyó sano y salvo al seno de su familia y de su grey.

Siempre solícito por las cosas pertenecientes al culto y al mejor y decente servicio de las iglesias, á su regreso de Europa, se empeñó en Francia con un banquero en una gruesa suma de dinero que fué empleada en ricos paramentos y vasos sagrados que repartió á los templos de su diócesis, ya dándolos á los precios que costaban, ya obsequiándolos á los mas desprovistos y pobres. Repartidas sus rentas entre los indigentes y las obras de beneficencia, invirtió una considerable suma en la construccion de la iglesia y casa parroquial de San Alejo.

Celoso por el mejor arreglo y disciplina de la Iglesia, la compostura del clero y la reformacion de costumbres, se apresuró á convocar el primer sínodo diocesano, cuya primera sesion tuvo lugar el 14 de julio de 1867. El 17 de setiembre del mismo año salió de Guayaquil á practicar una segunda visita general de los pueblos del Norte, y á su vuelta dió una pastoral y publicó la enciclica del Beatísimo Padre Pio IX, y celebrando el segundo triduo en los días 22, 23 y 24 del mes de enero de 1868. Poco despues comenzó el señor Aguirre á sentir quebrantamiento en la salud, y de dia en dia fué agravándose hasta llegar á la postracion.

La enfermedad que llevó al sepulcro á nuestro amadísimo prelado, segun los médicos, no fué otra que una afeccion cancerosa al hígado, y habiendo conocido ser su último fin, quiso recibir el viático para fortificarse con el pan de los ángeles antes de pasar á la eternidad, y falleció, con gran sentimiento de sus conciudadanos, á los sesenta y cuatro años, cuatro meses y veinte y tres dias de su edad. Al siguiente día de su muerte se expusieron sus restos mortales á la veneracion de los fieles en la iglesia catedral, donde acudió toda la poblacion á tributar el último homenaje al que de una manera tan digna habia desempeñado durante seis años y medio el episcopado.

La santificacion del domingo.

(CUADRO BIZANTINO DE UNA COLECCION INÉDITA.)

(Conclusion. — Véase el N^o 4,055).

El *Baron de la Castaña* no es original, es una importacion de Francia, solo que el hábil traductor lo ha acomodado discretamente á la escena española. Hecha esta pequeña observacion, repitamos, por si esto puede contribuir á la viril preparacion de una generacion española piramidal y colosal por el estilo de la que en Francia, desde los tiempos del festivo Paul de Kock hasta los dias del bufo Offenbach, se ha ido prepa-

rando convenientemente para que fuera actora en el drama de Sedan y heroína en la Commune de Paris, repitamos con el trovador de la Zarzuela:

De honradez casi modelo
Cada esposa es casi fiel,
Y los hijos, casi hermosos,
Casi son suyos tambien.

Pascual Bailon está versificado con admirable facilidad, y los cuatro caracteres que en él se presentan, si en el fondo iguales, diversos y variados en la forma, están trazados á la ligera, pero con gracia. El protagonista ha sido carabínero en sus mocedades; pero cansado de perseguir contrabandistas en las costas, se aprovecha sin duda de la libertad de enseñanza y se hace *médico* en un periquete, bien que el flamante Galeno, como ocurre á tantos otros que vomita de algun tiempo á esta parte el ilustre Colegio de San Carlos, y que los pueblos, por estar á mal con su salud, tienen la reaccionaria imprevision de rechazar sistemáticamente, viendo que no prospera gran cosa tomando el pulso, se aprovecha de otro gran progreso de la época y se hace profesor de can-can, abriendo su academia y dando sus lecciones vestido con el airoso y marcial traje de bombero de Paris.

Pascual Bailon, ya viejo, se casa con Rita, una de esas virtudes que habita cuarto interior, y que es verdad que no perdona ninguna novena, pero tampoco deja de asistir á ningun baile. Casada al fin, mengua algun tanto su aficion á las iglesias, que solo le sirven de pretexto para justificar su ausencia

Cuando á veces, por ejemplo,
En vez de entrar en el templo
Suele entrar en Paul ó Apolo.

Engaña á su marido, es cierto; pero ¿para qué sirve un marido si no sirve para ser engañado? Fuera de que Rita es una mujer superior que no ignora que la virtud, la inocencia, la honestidad son cosas que, para estar bien guardadas, se guardan en el fondo del alma y que no se pierden, ni se manchan ni se evaporan con que las piernas y las caderas de una mujer honrada que esconde tales tesoros para que nadie los vea y los profane con la vista, se permitan algun esperezo un si es no es libidinoso en sus excursiones á Capellanes. Así que, en la duda de que otro responda de su fidelidad conyugal, puede decir con toda tranquilidad de conciencia:

Yo de mi honradez respondo,
Pues la virtud es mi norma:
Sé que le engaño en la forma,
Mas le soy fiel en el fondo.

Don Anselmo Ciriales de Campanillas es un beato que se ha hecho rico comprando por tres ochavos media Mancha, que la Iglesia tenia amortizada, para evitar que aquella propiedad cayera en manos profanas y aprovechándose del miedo que á los tontos inspiraban las excomuniones de los curas. El hombre es

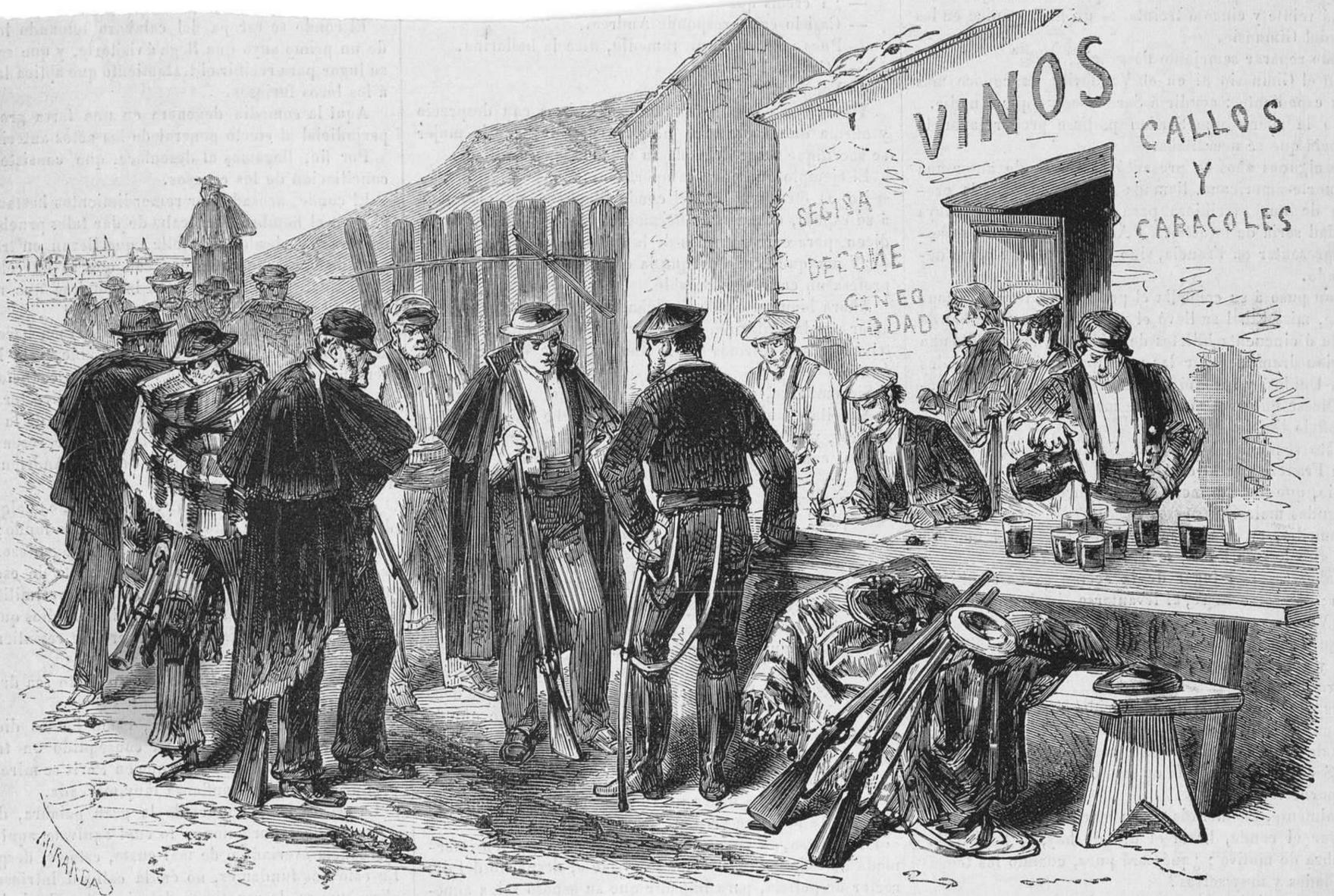
Mayor de seis cofradías,
Monitor de dos conventos
Y sochantre de capilla;

pero le tira la aficion al baile, porque como él dice,

Religioso y penitente
Hallo mi placer mayor
En novenas y en rosarios
Y en cualquiera procesion.

Mas si una devota
Mi sangre alborota,
¡Chachipé!
¡Chachipé!
Tras su cuerpo hermoso
Voy haciendo el oso
¡Mire usté!
¡Mire usté!

Alborotada la sangre de Campanillas de los Ciriales por una graciosa jóven con quien ha bailado unas habaneras en los jardines de Apolo, quiere que Pascual Bailon le dé lecciones de can-can y se la trae á su casa, presentándose en escena Conchita, que es una perla, que ha hecho diabluras en todos los países que ha recorrido, y que, al compás de la música de cada uno de ellos, canta las siguientes coplas:



Alistamiento de carlistas en la venta del Espíritu Santo, cerca de Madrid.



Lectura de partes oficiales en una aldea.

citrante, ¡Cruce...
mas, interpretada por lo mejor de la comp...
llega á las cien representaciones, que con trabajo se ar-
rastra á veinte y cinco ó treinta, es un hecho único en los
anales del Gimnasio.

¿Cómo reparar semejante desgracia?

Ni en el Gimnasio ni en el Vaudeville se conoce mas
que un expediente : acudir á Sardou antes que á nadie.

Quiso la suerte que Sardou pudiese proporcionar la
mercancía que se necesitaba.

Hace algunos años se presentó al celebrado autor una
actriz norte-americana, llamada miss Ethel, con la pre-
tension de que escribiera para ella una comedia, cuya
propiedad sería de la actriz en América, y que no se po-
dría representar en Francia, sino al cabo de un plazo de-
terminado.

Sardou puso á su comedia el precio que tuvo por con-
veniente, miss Ethel se llevó el manuscrito en cambio de
cuarenta ó cincuenta billetes de 1,000 fr., emprendió una
expedición dramática por las principales ciudades de los
Estados-Unidos, y recogió aplausos y provecho hasta can-
sarse. Dícese que realizó mas de medio millon de francos
de beneficio limpio.

En esto se cumplió el plazo. Sardou era dueño de su
obra en Francia y la ofreció con mil amores, al teatro del
Gimnasio, que de este modo vino á encontrar el remedio
á sus agudos males.

La comedia, en América, se titulaba *Inés*, el nombre
de miss Ethel, y en Paris, se titula *Andrea*.

No sabemos si el lugar de la acción se ha cambiado
tambien; sea como fuere, al levantarse el telon nos halla-
mos en Viena.

Hé aquí la protagonista, la condesa Andrea casada con
el jóven y opulento conde Stepham, de quien está enamo-
rada perdidamente.

Una esposa enamorada de su marido, constituye actual-
mente una idea muy original en la escena francesa : esta-
mos por decir que en esto se conoce desde luego que Vic-
toriano Sardou no trabajaba en esta composición para los
teatros parisienses.

Naturalmente, enamorada de su marido, es mujer celo-
sa, sin que el conde, hasta el día de hoy, le haya dado
una sombra de motivo : ¿qué será pues, cuando los tenga
muy fundados y muy serios?

Pronto entra el drama en este camino.

Andrea recibe la visita de un joyero que la presenta un
magnífico brazalete hecho por encargo de su marido.

— ¡Qué atención tan delicada! dice la jóven; nada me
ha dicho y sin embargo, me dedica este bonito regalo.

El joyero entra en sospechas.

¿Si no será para la condesa el brazalete y habrá él co-
metido una torpeza insigne?

Andrea, entre tanto, admira la hermosa alhaja, y tanto
la contempla, que acaba por descubrir en ella una inicial
que no es la de su nombre.

Es la letra S.

— ¡Cómo! exclama mudando de color, ¡este brazalete
encargado por mi esposo está destinado á otra!...

Se enciende en ira, exige que el joyero le revele el
nombre de su rival; pero este le ignora.

Sin embargo, fácilmente se adivina.

En Viena no se habla mas que de la bailarina Stella,
es un furor, es la manía á la moda.

Seguramente Stella es quien la roba el amor de su es-
poso.

La condesa quiere cerciorarse de ello sobre la marcha,
para lo cual, el medio mejor que se la ocurre, es el de
sorprender á la bailarina en su cuarto del teatro.

Casualmente el joyero tiene una sobrina que hace los
trajes de Stella, y la condesa podrá pasar por una de sus
oficiales.

Con efecto, así se presenta acompañada por el joyero
en el cuarto de la bailarina.

— ¿Y creéis que...

— Casi lo creo, responde Andrea.

— Pues ya os daré un remedio, dice la bailarina.

— ¿Cuál es?

— Vengaos.

Y sobre esta idea habla de los hombres con desprecio
y afirma que no merece ninguno de ellos que la mujer
se sacrifique á ser fiel toda su vida, casada ó soltera.

El ejemplo que pone es oportuno.

No es otro que el del conde Stepham que abandona
á su esposa, dechado de hermosura y de virtudes, segun
dicen, para correr en pos de la bailarina.

¿Y por qué? todo porque la condesa es su mujer y le
profesa un cariño entrañable.

Ahora bien, el conde desdeña ese tesoro y se muere de
amor por la bailarina, solo en razon á que esta no le per-
tenece y que además no le ama, ni cree que le amará
nunca.

Sin embargo, dispone de él á su antojo.

Aquella misma noche la bailarina debe salir para Bu-
charest, y está segura de que con una sola palabra que
diga al conde abandonará el domicilio conyugal para se-
guirla.

La condesa lo duda.

— ¡Ah! ¿Lo dudais? Pues haremos la prueba. Ocul-
taos detrás de ese biombo y vereis si es verdad lo que
digo.

Justamente el conde Stepham está esperando á que
Stella se digne recibirle y no tiene mas que mandar que
le abran la puerta.

No se ha equivocado la bailarina.

El conde, excitado por las coqueterías de la peligrosa
mujer, resuelve seguirla, cuando ella le anuncia que debe
emprender un viaje aquella noche, insinuándole que le
autoriza para que la acompañe, si es cierto que por su
amor está dispuesto á toda clase de sacrificios.

Nada mas fácil. El conde dirá á su esposa que sus ne-
gocios le obligan á hacer un viaje precipitado, y con esto
engañará á la pobre víctima.

La condesa, en cuanto sale de su escondite, bien infor-
mada de todo este proyecto, se dirige al despacho del di-
rector de policía, para impedir que su esposo salga aque-
lla noche de Viena.

¿Cómo hacerlo? El director de la policía, hombre
amable y complaciente si los hay en el mundo, no en-
cuentra modo de dar gusto á la condesa, no obstante sus
grandes deseos de servirla.

Sin embargo, bien enterado del asunto, se decide á evi-
tar un escándalo poniendo preso al conde; pero solo por
una noche.

— Diremos que ha dado señales de enagenación men-
tal, y al cabo de algunas horas le abriremos las puertas
del encierro.

La condesa quiere hacer antes una prueba.

Seguramente, su esposo volverá á casa antes de la mar-
cha fijada á las tres de la madrugada : ella hará esfuerzos
por disuadirle, y si no lo consigue, entonces dará la se-
ñal á la policía.

Así se conviene, y Andrea está de vuelta en su domi-
cilio á las doce de la noche.

No tarda en llegar el conde.

Andrea le recibe con mil agasajos; pero ni las dulces
quejas de su hermosa mujer, ni su amor imponderable,
vencen al conde, que anuncia por fin su resolución de sa-
lir inmediatamente.

— ¡A estas horas! exclama la condesa, ¡y con el tiem-
po que hace!... Está bien, os acompaño.

— No, no puede ser, se trata de un asunto gravísimo.

— ¿Cuál es?

— Me he comprometido á ser padrino de un duelo...

Ya no es posible resistir mas : la condesa le declara

El conde se escapa del calabozo tomando los vestidos
de un primo suyo que llega á visitarle, y que se queda en
su lugar para recibir el tratamiento que aplica la medicina
á los locos furiosos.

Aquí la comedia degenera en una farsa grotesca muy
perjudicial al efecto general de los actos anteriores.

Por fin, llegamos al desenlace, que consiste en la re-
conciliación de los esposos.

El conde, acosado por remordimientos bastante impro-
pios en el hombre que acaba de dar tales pruebas de falta
de carácter, desdeña á Stella, que llevan en triunfo des-
pues de una cena ostentosa con que se ha celebrado su
despedida, y jura de nuevo á la condesa que no la hará
ya mas traiciones.

La ejecución es maravillosa. La Pierson hace el papel
de protagonista de un modo inimitable, y la Fromentin
personifica admirablemente la bailarina coqueta. Landrol
es digno de mil elogios en el papel de director de la po-
licía, todo un tipo, quizás el mas perfecto de la nueva co-
media; Francis, extraordinario en la representación del
empresario al estilo de Nueva York, y Andrieu caracte-
riza bien al jóven conde.

Andrea es, en suma, una comedia como cualquiera otra
de las de Sardou : esto es, obra de poco fondo; pero de
detalles verdaderamente cómicos, con ingeniosos inciden-
tes, con situaciones interesantes, á vuelta de escenas que
parecen de un autor inexperto, de inverosimilitudes que
solo él hace aceptar al público, y de episodios que podrian
suprimirse sin que la acción general se resintiera de ello
en lo más mínimo.

Sin embargo, no creemos que su éxito sea duradero, y
por una razón bastante extraña :

La comedia ha sido escrita, como hemos dicho, para
un país extranjero, donde ha conseguido un triunfo de
entusiasmo, y esta idea hace que en Paris se mire la nueva
producción con desconfianza muy marcada.

La crítica ha pronunciado la gran palabra, diciendo :
« género de exportación, » lo cual equivale aquí á decir,
mercancía averiada ó de mal gusto, esto es, despreciable.
En esto nos fundamos, no en la calidad intrínseca de la
obra, que es, lo repetimos, la misma que la de las demás
producciones del autor, siempre superficial; pero con un
barniz á veces muy brillante.

MARIANO URRABIETA.

Lo que será Madrid

CUANDO ESPAÑA HAYA PERDIDO LA CABEZA.

I.

Recien hecha la puente segoviana de Madrid, esta-
ban los madrileños locos de contentos, no tanto por-
que ya podian pasar al otro lado sin exponerse á mo-
jarse la suela de los zapatos, como les sucedia cuan-
do no tenian puente, como porque al ver desde las Visti-
llas y el cubo de la Almudena aquel puente tan largo
y con tantos y rumbosos pretiles, se hacian la ilusión
de que tenian un gran río.

Cargados los académicos de Argamasilla del orgu-
llo que los madrileños iban echando con su puente
segoviana y sus ilusiones de poseer un gran río, em-
pezaron á soltarles, á cuenta de esto, las infinitas pu-
llas que han pasado á la posteridad, como aquella de

que yendo un madrileño á Zaragoza y preguntado qué tal le parecía el Ebro, contestó que para río de provincia le parecía regularcito.

Entre los epigramas de los académicos hubo uno que, á pesar de su sencillez, hizo brincar á los madrileños como si les hubieran puesto un par de banderillas: y digo que era sencillo, porque se reducía á aconsejarles que comprasen río ó vendiesen puente.

Congregáronse los madrileños en la calle de Sal-si-puedes, que era donde antiguamente se congregaban para discutir los asuntos peliagudos ó de difícil salida, y despues de discutir y conferir largamente, acordaron que ni podían comprar río ni vender puente, porque para comprar río les faltaba caudal y el puente le necesitaban para pasar al otro lado.

Los académicos de Argamasilla aconsejarán también al autor de este artículo que compre asunto ó venda epigrafe, y el autor de este artículo tiene que contestarles cosa parecidísima á la que les contestaron los madrileños: que no puede comprar asunto porque carece de caudal intelectual para ello, ni puede vender epigrafe porque le necesita para pasar al otro lado.

El otro lado es la averiguación de lo que será Madrid cuando España haya perdido la cabeza. Apresurémonos, pues, á pasar al otro lado.

La República ha sido proclamada en España como forma de gobierno. ¿Ha de ser la República española federal ó unitaria? Esta grave cuestión no se ha resuelto por los poderes, mas ó menos competentes, que han proclamado la República. Estos poderes han reservado su resolución para unas Cortes Constituyentes próximas á convocarse; pero la cuestión está ya previamente resuelta por el espíritu público republicano que apenas se empezó á manifestar hace años, se inclinó casi unánimemente á la República federal, tanto que el partido republicano ha venido á llamarse antonomásicamente partido federal.

¿Cuál será la organización política de España una vez acordada y proclamada la República federal? Será una cosa muy parecida á lo que es la de los Estados Unidos de la América del Norte, cuya República es el modelo que se proponen copiar nuestros republicanos: es decir, España se dividirá en cierto número de Estados que se regirán por un pacto ó Constitución federal análoga á la de los Estados Unidos norteamericanos. La Constitución de estos declara que « cada Estado conserva sus leyes peculiares, su organización interna, su soberanía, su libertad, su independencia, todos sus poderes, jurisdicciones y derechos que no están expresamente delegados por la misma Constitución á los Estados Unidos reunidos en Congreso. » Estos poderes delegados al Congreso (que este á su vez confiere al poder ejecutivo), son: dirigir los negocios generales de la confederación; proveer las necesidades y administrar la hacienda de la misma; imponer contribuciones y derechos sobre las importaciones y exportaciones; representar á los Estados Unidos cerca de los otros gobiernos y arreglar las relaciones comerciales con las naciones extranjeras y las de los diversos Estados de la confederación entre sí.

En cuanto á la capitalidad de los Estados Unidos para sustraer de todo influjo local las deliberaciones del Congreso legislativo de los Estados y la acción del gobierno ejecutivo general, se fundó á la orilla del Potomac la ciudad de Washington, declarándola Estado independiente, cuya jurisdicción perteneciese al gobierno mismo.

Tal es, en resumen, la organización política de los Estados Unidos norteamericanos, y análoga debe ser la de la República federal española, que el autor de este artículo pide á Dios realice el ideal de los republicanos verdaderamente patriotas y honrados, porque el nombre de República ó monarquía le importa poco, con tal que la patria sea feliz.

Ahora vamos á averiguar lo que será Madrid cuando España haya perdido la cabeza, es decir, cuando Madrid haya dejado de ser cabeza de España, porque aunque se declare á Madrid cabeza de la República federal española, como á Washington se declaró cabeza de la República federal norteamericana, su capitalidad republicana, comparada con su capitalidad monárquica, será casi nominal. Las repúblicas federales son naturalmente acéfalas, y cuando mas, consienten una cabeza de alfiler.

II.

En Madrid abundan los republicanos federales, cosa que parece imposible, porque si algún pueblo hay en España que deba temer el establecimiento de la República federal en el concepto de principio y pronóstico seguro de su ruina, ese pueblo es Madrid: ¿Cómo se explica esto? Se explica por lo inconsciente del vulgo, sobre todo en los asuntos políticos, y se explica porque, según datos publicados recientemente por el ilustrado economista don Francisco Javier de Bona, de los trececientos mil habitantes que aproximadamente tiene Madrid, cerca de ciento ochenta mil son forasteros ó no nacidos en aquel pueblo. Este dato es una de las cosas que explican la falta de amor local que se observa en el pueblo de Madrid, que es el pueblo mas difamado por sus propios moradores, permanentes ó accidentales.

Las Memorias auténticas mas antiguas de la existencia de Madrid se remontan al siglo X; pero este

pueblo, á pesar de reunir condiciones muy estimadas en la Edad media, como situado en el punto de la España setentrional y la España meridional, y ocupar una serie de colinas que dominan una extensa llanura, circunstancias ambas que en la Edad media favorecían mucho el desarrollo é importancia de los pueblos, vió trascurrir siglos y siglos sin adquirir desarrollo ni importancia, hasta que en el siglo XVI se fijó en él definitivamente la corte. La única circunstancia que ésta tuvo en cuenta tanto por su definitiva instalación en Madrid como para la permanencia temporal durante algunos periodos de los siglos anteriores, fué la situación central de aquel pueblo, y no en manera alguna otras condiciones de que casi absolutamente carecía.

Establecida en Madrid la corte con carácter permanente, los principales elementos de vida de España y sus dominios extrapeninsulares se fueron aglomerando en torno de ella. Los reyes, los embajadores, la nobleza, los consejos, los tribunales, todos los altos cuerpos é institutos del Estado, y por consecuencia el oro del Nuevo Mundo y de la antigua España, afluyeron á Madrid y dieron grandeza y vida á aquel pueblo que durante siglos y siglos había vegetado pobre y olvidado sobre unos montículos de esteril arena, bañados por un río indigno del nombre de tal y atormentados por un clima que se ha sabido calificar, un poco exageradamente, diciendo que la vida de Madrid es nueve meses de invierno y tres de infierno.

Demos por supuesto que Madrid será el Washington de la República federal española, cuyo Congreso se reunirá allí, y cuyo presidente tendrá allí su residencia habitual, y esta suposición es fundadísima, porque sería el mayor de los absurdos el privar á Madrid del simulacro de capitalidad que cabe en una confederación, puesto que Madrid tiene derecho á ello, por su riqueza urbana, por su numerosa población y sobre todo por su situación en el centro de la Península; pero aun así, es seguro que la decadencia de Madrid será rápida y grande desde el momento en que no se pueden aceptar con alguna justicia aquellos versos de un poeta dramático contemporáneo (Eguilaz), rabiosa y constantemente aplaudidos en Madrid mismo:

« Madrid es una caldera
De inmensurable tamaño,
En donde el oro de España
Derriten los cortesanos. »

Un Congreso que se reuna en Madrid durante una parte del año; un presidente que resida allí rodeado de un centenar de empleados federales, y otro centenar de personas que constituyan el cuerpo diplomático y sus empleados y servidumbre, no pueden dar á Madrid la vida que como capital de la monarquía le ha dado hasta aquí la mitad del presupuesto de ingresos de la nación que se consumía en Madrid, y mas de la mitad del presupuesto de ingresos de la aristocracia española que se consumía allí también.

Abolida la nobleza, y sin interés sus individuos en residir en Madrid, y descentralizados los altos cuerpos y oficinas del Estado, la vida oficial y aristocrática de España, acumulada en Madrid, tiene que distribuirse por el resto de la nación, y privado Madrid de aquellos elementos de vida que llamaremos ajenos, tendrá que buscar la suya únicamente en elementos propios.

¿Pero tiene estos elementos? Desgraciadamente no, y decimos desgraciadamente, porque desgracia y grande para una nación es que su riqueza disminuya en miles de millones de reales, como disminuirá la de España cuando la propiedad urbana de Madrid haya desaparecido ó disminuido hasta el punto de quedar reducida al valor de la de una capital de tercer orden.

Washington, la capital de la confederación norteamericana, cuenta sobre 80,000 habitantes, desarrollo insignificante en aquel país cuya exuberancia de vida improvisa ciudades mucho mas populosas; pero aun así Washington no debe su desarrollo y su prosperidad á la circunstancia de ser capital de la confederación; débela á elementos de vida que no tiene Madrid, cuales son su situación á orilla de un gran río que favorece su industria y á otros venteros de prosperidad extraños á la capitalidad de la confederación.

De la bondad de su suelo y clima no puede esperar Madrid que se conserve la numerosa población que hoy contiene su recinto, porque ni uno ni otro poseen las apacibles condiciones que hacen grata y preferida la vida en otras comarcas. El suelo es esteril é ingrato en todos conceptos: cúbrese de verdura á principios de mayo, y á fin de junio ya aparece seco y desnudo de aquellas galas de la naturaleza, tan pronto perdidas como adquiridas. El clima es de los mas rígidos y desapacibles de España: en invierno, tan frío que raro es aquel en que el termómetro de Reaumur no señale de 7 á 10 grados bajo cero; en primavera, inconstante, frío y lluvioso; en verano, tan ardiente y sofocante, que son muchísimos los días en que la temperatura se eleva á 34 grados; y en otoño, si bien esta estación es la mas grata de Madrid, el tránsito de los calores del estío á los frios del invierno es tan corto, que se reduce al mes de octubre.

De la industria fabril ni de la agrícola tampoco puede esperar Madrid prosperidad que compense la

que haya perdido al perder la capitalidad monárquica: en Madrid no hay mas que las pequeñas industrias, que se establecen donde quiera que se establece una gran población y desaparecen cuando desaparece esta. Barcelona, Bilbao, San Sebastian, Sevilla, Málaga y otras capitales pueden desaparecer, y sin embargo, no desaparecerán los establecimientos fabriles é industriales de sus cercanías, porque estos establecimientos no deben su vida á la capital. Madrid no tiene mar, ni canales navegables, ni saltos de agua, ni minas hulleras ó metálicas, ni bosques ricos de madera y carbon, ni aguas minero-medicinales importantes, ni nada, en fin, que pueda proporcionarle la vida de la fabricación y la industria; y por lo que hace á su agricultura, también debe esperar poquísimo de ella, pues solo una pequeña parte de la provincia es apta para el cultivo agrario, por lo cual se ha dicho que sus campos « dan, un año con otro, cebada para Madrid. » La escasez de elementos de prosperidad y vida que cuenta la comarca en cuyo centro tiene asiento Madrid, se prueba con el atraso y la miserable existencia que se observa en los pueblos de aquella provincia, á pesar de rodear á la gran capital que debería bastar por sí sola para comunicarles una gran parte de su riqueza intelectual y material.

¿Podrá esperar Madrid la conservación de otros elementos de vida secundarios, cuales son la Universidad central y algun otro establecimiento científico-literario? No lo creemos, porque descentralizada la vida política y económica vendrá naturalmente la descentralización de la vida literaria y científica que no tendrá ya la razón, mas ó menos fundada, que hasta aquí tenía para centralizarse en Madrid.

Si la República federal se proclama y establece, y esta forma de gobierno se sostiene (que lo deseamos muy de veras si es que da á la nación la paz y prosperidad que tanto necesita España), la hora de la ruina y la despoblación ha sonado para Madrid, y pueden estar ciertos los dueños de su inmensa riqueza urbana de que sus nietos, y aun sus hijos, morirán pobres aunque les hayan dejado algunas casas en Madrid.

Concluimos, pues, afirmando con profunda convicción y con no menor tristeza (porque Madrid es pueblo para nosotros poco menos querido que el nativo) que si hay algun pueblo en España que deba temer el establecimiento y consolidación de la República federal en la Península, ese pueblo es Madrid que, como ha dicho con razón un periódico, quedará reducido á una capital de tercer orden. Si, se nos dirá, pero lo que pierde Madrid lo ganará España. Esa es otra cuestión en que no queremos meternos.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao.

El valle de Josafat.

En la semana de cuaresma, que debe ser consagrada al recogimiento, á la penitencia y á las contemplaciones religiosas, no estará de mas que volvamos nuestras miradas hácia el lugar en donde se realizaron los mas admirables misterios de la redención: Jerusalem, esa cuna, ese centro religioso del mundo cristiano, y que hubiera podido llamarse también la ciudad de las siete colinas, si el monte Olivete hubiese estado dentro de sus muros, ha decaído de su antiguo esplendor.

Las dos colinas de Bezeta, que unió á la población Herodes-Agripa, ya no forman parte de ella, así como tampoco la parte meridional el monte Sion ni el Calvario, que también había reunido la madre el emperador Constantino. El templo que se había construido en el monte Moria ha desaparecido, viéndose en su lugar la mezquita de Omar, que es una de las maravillas del estilo bizantino y del arte oriental.

A poca distancia de este templo, en la parte oriental, se encuentra la puerta de Sidi Mariam, por la cual se baja al sitio designado por los profetas en que debía tener lugar el juicio final; el valle de Josafat, que representa nuestro grabado.

Este célebre valle, que no siempre riega el Cedron, está situado entre Jerusalem y el monte Olivete; y desde la puerta de Sidi Mariam se le ve enfrente, oscuro y árido, plantado de algunos olivos poco frondosos y con gruesos troncos, y dominado por el minarete y la cúpula que cubre el sitio en que Jesucristo, según el Evangelio, se mostró la última vez á sus discípulos, antes de su ascension.

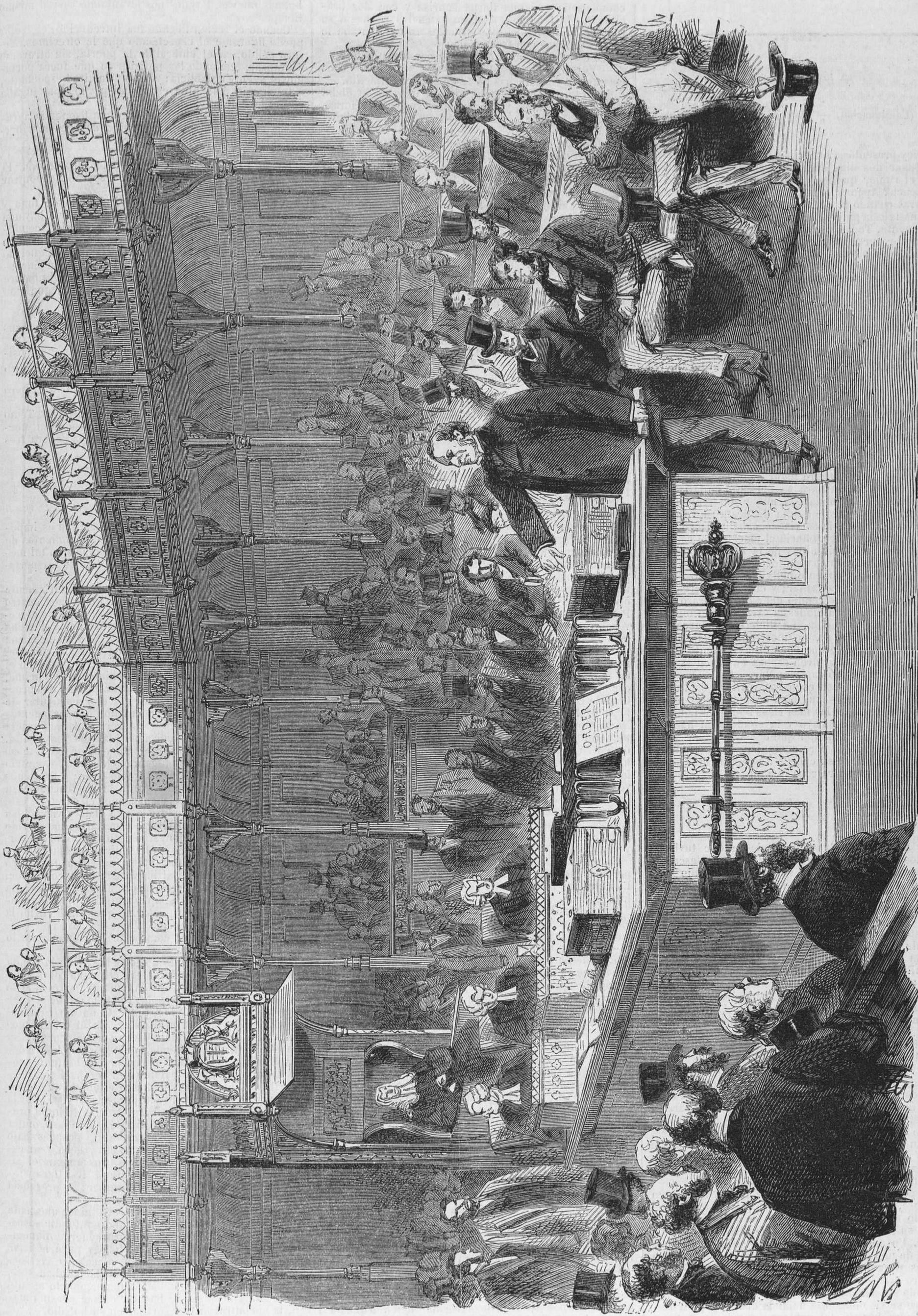
El valle de Josafat, con su aridez, sembrado de guijarros y abrasado por el sol, es de una tristeza sepulcral.

A su entrada, en el lecho seco ya de un estanque, está el sepulcro de la Virgen, pequeña capilla que solo recibe luz por una puertecilla; encontrándose á su lado el jardín de Gethsemani. El valle se prolonga al Norte hasta las colinas de Bezeta, en donde se ve la gruta de Jeremías y los sepulcros de los reyes de Judá; y al Sur por el monte del Scándalo, situado casi enfrente de la fuente de Siloé, que brotaba del monte Sion y que formaba dos piscinas célebres por uno de los milagros que nos habla la historia sagrada, y cerca de las cuales fué enterrado el profeta Isaías.

L. C.



EL VALLE DE JOSAFAT.



CRISIS MINISTERIAL EN INGLATERRA. — M. Gladstone defendiendo el bill sobre la Universidad de Irlanda en la Cámara de los Comunes.

Mara,

Ó LA JÓVEN DESCONOCIDA.

(Continuacion. — Véase el número 1,033).

Halsey presentó la licencia al rector, y la ceremonia tuvo lugar dos días después. ¿Tendré necesidad de decir el rumor que este acontecimiento produjo en Sandbeach? Apenas habían transcurrido veinte y cuatro horas cuando la noticia se hizo auténtica, y ya la pequeña iglesia parroquial no podía contener la afluencia de gente. Todas las notabilidades de la ciudad se habían apresurado á asistir á este acto: ahí estaban miss Ida y miss Ada Wilkins, con sus cabellos esparcidos sobre las espaldas, todavía húmedos del baño; el señor Butts, su señora y sus abonados, todos llenos de curiosidad, inquietos, cuchicheando entre sí con una febril animación. Sin embargo, la ceremonia no fué como habían supuesto estos nuevos fariseos, es decir, vergonzosa y furtiva. El rector, que era una persona respetable, había dicho á Halsey, después de haber examinado la licencia:

— Supongo que un caballero como Vd. no querrá deshonorar el nombre que lleva; es decir, que la mujer con quien os casais es digna de usted.

Entonces mi amigo había contestado, jurando por todas las potencias del cielo y de la tierra, que su desposada era la mujer más pura de la cristiandad.

— Si ella carece de familia, añadió el pastor, mi mujer la servirá de madre, para acompañarla á la iglesia; y á menos que haya algún inconveniente, el almuerzo de novios tendrá lugar en el presbiterio.

En su consecuencia Mara se presentó en la iglesia, acompañada de la bondadosa mujer del rector, que se había puesto su traje de día de fiesta: un vestido de seda gris. Clowes la servía de caballero; yo cumplía, mientras que Merry hacía el maestro de ceremonias, conduciendo seis niñas de la escuela nacional, que formaban el acompañamiento de la desposada. Mara estaba deliciosamente bella bajo su velo blanco y su corona de flor de azahar; y cuando la ceremonia quedó terminada y descendió del altar del brazo de su esposo, su gracia y su modestia excitaron un murmullo general de admiración. La dicha que aparecía en el semblante de Halsey, no mostraba ciertamente la aptitud de un hombre que hace un casamiento dudoso. En una palabra, la jóven esposa entró en la iglesia como pária y salió casi popular.

Muchos carruajes con cocheros vestidos de lujosas libreas y con caballos muy bien enjaezados esperaban á la puerta, como en las más ricas bodas de Londres.

Cuando Mara se desmayó y la condujeron hácia el presbiterio, oí á una mujer que decía:

— Es encantadora; pero cualquiera diría que su alma está separada de su cuerpo: seguramente esta jóven piensa más en otra cosa que en su boda.

III.

Tres años habían transcurrido desde que tuvieron lugar los acontecimientos que acabamos de describir. Los tres amigos de Halsey se habían separado para seguir la carrera que habían elegido. Clowes, que se destinaba á la Iglesia, obtuvo un buen curato en el Norte. Merry se marchó á su casa de campo para cuidar de sus tierras; y yo, después de haber terminado mis estudios de derecho en Lincoln's-Inn, me hice inscribir en el colegio de Abogados. Con este motivo veía con frecuencia á Halsey que habitaba en Londres. Su familia le había prohibido que se presentase ante ella; pero felizmente Halsey tenía una hermana que le amaba en extremo, y gracias á su mediación, los padres consintieron primeramente en ver á su hijo; después en recibir á su mujer; y finalmente, en convenir que esta era digna de llevar el nombre de Halsey. Las concesiones por parte de su familia hubieran ido más adelante si Mara, aunque guardando las mayores consideraciones hácia los padres de su esposo, no hubiera mostrado pocos deseos de entrar en mayor intimidad con ellos. La hermana de Arturo, que estaba casada, era la única que visitaba á su cuñada, y aun parecía dispuesta á entrar en relaciones más íntimas con ella. Mara se mostraba sensible á estas pruebas de interés, pero sin que por esto saliese de aquella reserva que mostró desde su casamiento; pues si bien era amable y cortés, jamás buscaba á ensanchar el círculo de sus relaciones, ni entrar en el gran mundo.

Esta propensión á la soledad que Halsey notaba en su esposa, le causaba no pocos disgustos, y solo el consuelo que experimentaba por la felicidad que le ofrecía su unión con Mara, le hacía olvidar su retraimiento. Un año después de su casamiento, el nacimiento de una niña vino á estrechar todavía más los vínculos de ambos esposos; desde entonces Mara se consagró exclusivamente á estos dos seres que absorbían todo su corazón.

Arturo se vió obligado á dejar la abogacía para desempeñar un destino del gobierno que le tenía fuera de su casa durante el día; pero tan larga ausencia era

compensada con una tierna sonrisa y con dos brancitos que le tendían y acogían todas las noches á su regreso. La felicidad que entonces experimentaba le hacía exclamar con frecuencia:

— ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha?

— Vuestra felicidad, le contestaba su mujer, no es más que la recompensa de la que yo experimento.

Seguramente nadie mejor que él merecía la dicha que experimentaba, y que sus amigos se veían forzados á contestarle, siempre que prorumpía en igual exclamación.

Este era el objeto de nuestra conversación una tarde de invierno que le encontré en el casino de que formábamos parte; entonces me invitó á que fuera á comer con él, añadiendo que Mara no me había visto después de un mes, y que mi visita la causaría una sorpresa agradable. Acepté, y durante el camino continuamos la conversación que habíamos interrumpido por algunos instantes; y después, como todos los corazones generosos que desean hacer partícipes á los demás de su felicidad, me dijo repentinamente:

— Hablemos de vos. No tenéis todavía causas que defender; pero os prometo una con que podéis conseguir alguna celebridad. El director de una compañía de carbon mineral me ha preguntado por un jóven abogado inteligente y activo, para confiarle un gran pleito. He dado vuestro nombre, y creo que dentro de algunos días recibiréis carta acerca de este negocio.

¡Pobre jóven! En efecto, él era quien me debía procurar el primer proceso; pero por otra causa que la que había previsto, y que tan lejos estábamos los dos de sospechar.

Arturo residía en Kensington-way, en una bonita casa adonde nos trasladamos en carruaje. El aspecto encantador que respiraba esta habitación me causó la más grata impresión. Primeramente fuimos introducidos por un page de muy buena presencia. A la izquierda del vestíbulo estaba el comedor, donde se veía, por la puerta entreabierta, un buen fuego y una mesa puesta con elegancia. Una blanda alfombra cubría la escalera que conducía al primer piso. El salón estaba amueblado con gran esmero y riqueza.

Aunque el page nos anunció que Mrs. Halsey había salido, ya anunciaba su presencia en aquella estancia un sinnúmero de detalles, que tienen aun más encanto cuando la mujer de que se trata es jóven y bonita: un precioso costurero lleno de muestras de lana y seda; un bastidor para bordar; y sobre la mesa un guante olvidado que guardaba la forma de una bonita mano. Por último, entre los dos balcones, un piano abierto, y sobre su pupitre una melodía de las que estaban más en boga.

— Mirad, me dijo Halsey, enseñándome este último mueble. ¿Recordáis el anuncio que Mara hizo publicar en la *Gaceta de Sandbeach*, diciendo que no sabía tocar el piano? Pues bien, hoy lo hace regularmente. Cuando compré este instrumento con los demás muebles, lo hice porque daba algunos conciertos; pero Mara, que sabía la afición que yo tenía á la música, tomó un profesor, y fueron tantas las horas que dedicó á su estudio, que consiguió en muy poco tiempo hacer rápidos progresos. No aguardaba ciertamente la sorpresa que iba á experimentar, pues ya algunas veces me preguntaba á mí mismo si no había comprado un mueble inútil, cuando una noche, hace escasamente un mes, después de comer, Mara me dijo que cerrara los ojos. Entonces se puso al piano y tocó los aires que más me agradaban: juzgad de mi sorpresa y admiración.

Diciendo estas palabras se vuelve; y entonces creí percibir una lágrima que se desprendía de sus ojos. En el mismo instante tiró de la campanilla y pidió su hija.

La nodriza llega, teniendo de la mano á la niña que empezaba ya á andar. Arturo la levanta, y después de cubrirla de besos, la puso en mis brazos diciendo:

— Debais casaros, amigo mío, solo el matrimonio puede haceros feliz. ¿Qué comparación entre mi existencia actual á la vida de casinos y de casas de huéspedes que llevaba antes y que seguiría hoy, si no hubiera tenido la dicha de encontrar á Mara!

Reflexionaba acerca de estas palabras, y yo creía que Arturo pudiera tener razón, cuando el reloj dió las siete.

— Es singular, dijo Arturo, esta es la hora de comer; y sin embargo, Mara no está aun de regreso; jamás le ha sucedido tardar tanto.

Continuamos hablando y jugando con la niña, hasta que al cabo de un cuarto de hora, Halsey algo inquieto llama al page y le pregunta si su ama había hecho algunas indicaciones respecto de su regreso.

Según el page, Mrs. Halsey había salido hacia una hora, diciendo á Susana, la doncella, que salía á comprar algunas madejas de lana para sus bordados, y que regresaría muy en breve. Traté de aventurar varias conjeturas que tranquilizaran á Halsey, pero inútilmente, porque á pocos instantes, en el colmo de la mayor ansiedad, tira de nuevo de la campanilla para llamar á la doncella. La sirvienta repite lo mismo que había dicho el page, y añade que su ama debía pasar por la tienda del relojero para comprar una llave para su reloj que había perdido.

En el mismo instante la campanilla de la calle se hizo oír con un golpe seco. La doncella sale precipitadamente á abrir, y después de un minuto que nos pareció un siglo, vuelve toda despavorida, diciendo que un agente de policía deseaba hablar á M. Halsey.

Un agente de policía es pocas veces portador de

buenas nuevas. Los dos nos levantamos casi al mismo tiempo.

Cuando el recién llegado fué introducido, el lector puede figurarse el espectáculo que le ofrecimos. Arturo pálido, en el umbral de la puerta, sin atreverse á avanzar, temiendo las noticias de que fuera portador el agente de policía; yo en una actitud expectante, estrechando á la niña contra mi pecho, que jugaba con el lazo de mi corbata.

El agente de policía, que tenía una fisonomía agradable, se quita su sombrero y dice, después de habernos mirado uno después del otro.

— ¿M. Halsey?

Después mira á su alrededor todo sorprendido. El agente de seguridad pública no esperaba encontrar una casa tan elegante.

— Siento decirlo, continuó, cambiando de tono y con visible confusión, en la oficina de policía hay una señora en la mayor aflicción, pues ha sido conducida, hace una hora próximamente, bajo la acusación de robo en la tienda de un diamantista. No ha querido decir quién era; pero registrándola, se han encontrado en sus bolsillos tarjetas y cartas con el nombre de M. Halsey, habiendo declarado después que este nombre era el suyo.

Halsey dió un paso hácia el agente de policía.

— ¡Mi esposa acusada de robo! gritó midiendo sus palabras con voz ahogada.

El extravío en que yo le veía me espantó, y depositando la niña sobre el canapé, me aproximé á Arturo, temiendo que se lanzara sobre el agente.

Este queda impassible por algunos momentos, pero pareció algo conmovido.

— Es mejor, continuó, decir todo de una vez. Temo que no haya en este hecho alguna equivocación, porque han encontrado en los bolsillos de la señora tres sortijas guarnecidas de diamantes.

IV.

Cómo llegamos á la oficina de policía, me es imposible decirlo, porque de todos los acontecimientos de aquella horrible noche, no he conservado en mi memoria el menor detalle: parece que fuimos transportados como por encanto.

La oficina de policía era como son ordinariamente estos sitios, lúgubres y glaciales. Imaginaos cuatro paredes blancas, sin otros muebles que bancos carcomidos y negros por el uso; en el muro de la derecha una puerta pequeña que conducía á las prisiones; una sola dividida en dos por medio de una plancha formada de tablas; y detrás de ella tenía su despacho el inspector; al fondo se veía una chimenea, y encima, como sirviendo de adorno, muchas esposas y dos gruesos palos. Añadid á todo esto ese olor particular de todos los sitios que son frecuentados por los agentes de la fuerza pública, y os formareis una idea exacta de la guarida que servía de asilo á la bella Mara Child.

El inspector estuvo muy atento y hasta respetuoso viéndose delante de dos hombres elegantes, y pareció no dar gran importancia á la acusación; y hasta nos indicó, sin creer sin embargo en la inocencia de su prisionera, que se podría suspender el curso de este negocio; y no oponiéndose á que Halsey viera á su esposa, que por un privilegio especial no había sido encerrada en una prisión, sino en una habitación particular del inspector. Es inútil indicar que no asistí á esta entrevista; pero durante la ausencia de Arturo hice algunas preguntas al inspector; entonces conocí que el sentimiento que me inspiraba Mara era todavía más profundo que una simple amistad, pues la relación que me hizo el inspector no quebrantó en mí la convicción de su inocencia.

Hé aquí el hecho tal como este funcionario me lo relató.

Mrs. Halsey se presentó á eso de la seis en la tienda de un diamantista, donde no era conocida, para comprar una llave de reloj. El diamantista, siguiendo la antigua costumbre de todos los vendedores, de ofrecer objetos que no se les pide, presenta un variado surtido de sortijas de un gran valor. En el mismo momento una mujer de mala facha, probablemente su cómplice, entra en la tienda, y después de haber designado un reloj de plata de un precio bastante modesto, cambia algunas palabras en voz baja con mistress Halsey. El diamantista busca el objeto que le pidió la recién venida, pero sin perderla de vista, por la poca confianza que le inspiraba. Apenas la hubo presentado el reloj que había designado, que esta mujer se turba y balbucea algunas palabras; y después, bajo el pretexto que el reloj era demasiado grueso, y sin esperar á que la sacaran otro, deja bruscamente el almacén. Entonces el diamantista dijo á Mrs. Halsey:

— Ya nos vemos libres de esa mujer: su presencia me molestaba.

La compradora replicó con cierta timidez que nada había visto en esta mujer que pudiera infundir sospecha: esta contestación pareció sorprender al diamantista. Pasado un momento, Mrs. Halsey paga la llave y sale. Entonces fué cuando este, al colocar las sortijas en sus estuches, observó que le faltaban tres. Corre detrás de ella, y la hace detener por un agente de policía, y después de hacerla entrar en su almacén, la encontraron tres sortijas en su bolsillo.

Esta fué la relación que me hizo el inspector, confirmada después por el agente que detuvo á Mara, y

que no era el mismo que nos fué á llevar la noticia. Segun este funcionario, la prisionera habia empezado por negar « con resolucion » el robo de que se la acusaba. Cuando las sortijas se encontraron en su bolsillo, « cambia de lenguaje, » y suplica al diamantista, juntando las manos, que no proceda contra ella. Loca de desesperacion, se echa á sus piés, llorando y jurando de su inocencia. No obstante no podia explicar cómo las alhajas se habian encontrado en su bolsillo, pero seguia protestando que no era ella la que las habia puesto. A estas protestas el diamantista contestó algunas palabras que sobrecogieron á Mrs. Halsey.

— ¿Conoce Vd. á la mujer que entró en la tienda? La prevenida habia rehusado primeramente contestar; pero instada repetidas veces, y con la promesa de que si decia la verdad se usaria con ella de indulgencia, habia declarado que conocia á esa mujer, obstinándose en no dar otras explicaciones. Está última circunstancia, que era realmente agravante para Mara, habia decidido su arresto.

— ¿Mrs. Halsey es vuestra hermana? me preguntó el inspector.

A mi contestacion añadió que los casos de esta naturaleza eran bastante frecuentes, si bien la mayor parte no eran conocidos del público, pues algunas señoras del gran mundo, atacadas de lo que llaman la « complejia » (la mania del robo), no podian, decian, resistir á la fascinacion que sobre ellas ejercian las alhajas. Indudablemente no eran ladronas de profesion; y si lo hacian, era por un instinto que les quitaba toda conciencia de sus actos.

A pocos instantes Halsey aparece en la sala: estaba pálido y parecia haber envejecido dos años en el espacio de dos horas; no obstante, se encontraba mas tranquilo.

— Aquí hay alguna equivocacion, me dijo hablándome aparte. Primeramente he creído que Mara habia podido tomar las sortijas para examinarlas y meterlas despues distraidamente en su bolsillo. Todavia recordareis haberla visto frecuentemente distraida y preocupada despues de su casamiento. Esta disposicion parecia haber disminuido durante los primeros meses de nuestra union; pero desde hace quince dias he advertido iguales síntomas. Mara no recuerda haber tocado las alhajas, y no se concibe cómo han sido encontradas en su bolsillo. Solo puede explicarse este hecho por la conmocion que ha debido sufrir al verse tratada de una manera tan brutal por el diamantista. Hablad á ese hombre, amigo mio, ofreciéndole toda clase de satisfacciones, y diciéndole que compraré las tres sortijas por el precio que fije. Añadid que un deber de humanidad aconseja, en vista del mal estado de la salud de Mara, que no pase este incidente mas adelante. Procurad que os acompañe para que esta misma noche presente su desistimiento. Entre tanto voy á acompañar á Mara y aconsejarla que tome algun descanso.

Me trasladé inmediatamente á la tienda del diamantista, que segun el inspector era un hombre respetable. Mi opinion sobre esta deplorable aventura era la misma que la de mi amigo Halsey, pues no ponía en duda que Mara hubiera obrado completamente distraida. En cuanto á la mujer que la habia hablado en la tienda, solo creí ver en ella una mendiga, y que las apariencias de complicidad eran fantasmas nacidos de los cerebros del inspector y del agente de policia.

Aunque no habia tomado ningun alimento desde el medio dia, no experimentaba ningun malestar, á pesar de los grandes frios que entonces se hacian sentir, pues una fuerte helada de diciembre cubria las calles. La esperanza que concebí de arreglar en breve este asunto me daba sin duda fuerzas, pues creí conducir aquel mismo dia á la inocente Mara á su domicilio; pero no habia contado con el diamantista Mowleson.

Por respetable que me le hubiesen pintado, solo encontré en él una naturaleza grosera, un mercader sin corazon, un metodista, es decir, uno de esos muchos fanáticos que sin cesar hablan de la Escritura, y que tan poco practican la moral. Desde que le vi mi corazon se oprimió, porque comprendí que nada podia esperar de semejante fisonomia. Este hombre habia salido del mismo molde que Butts y los idiotas de Sandbeach.

En el momento que yo llegaba, un dependiente cerraba los postigos de los escaparates, y el diamantista discutia con algunos comerciantes acerca del acontecimiento del dia. En lugar de introducirme en su despacho, me recibió en la tienda; obligándome á hablar delante de personas para mi desconocidas, y que creyéndose ya parte interesada en el asunto, opinaron porque se adoptasen medidas rigurosas. No me detendré á repetir las razones que aduje en favor de Mara: solo si diré que agoté inútilmente todos los recursos de mi elocuencia. Mowleson se mostró inexorable. Las razones en que se apoyaba se resumian en dos ó tres palabras: igualdad ante la ley; necesidad de hacer un ejemplar, y concluyendo por un argumento que me hizo desistir de mi pretension:

— Este acontecimiento me tiene disgustado, me añadió, pero es demasiado tarde para presentar mi desistimiento, pues ya he puesto el negocio en poder de mi attorney.

Desde el momento en que habia otro « industrial » interesado en este proceso, todas mis esperanzas eran completamente ilusorias. Además ¿quiereis saber quién era este attorney? Era J. Snigge, el padre del jóven chisgarabís tan cruelmente abofeteado en Sandbeach

por Merry, por su lenguaje imperioso contra Mara. Parecia resuelto que en esta triste historia las coincidencias las mas extrañas habian de mezclarse al misterio para formar una verdadera novela.

Inútil es indicar cuál seria el estado de mi ánimo cuando volví á la oficina de policia. Al entrar, dos nuevas reclusas, dos mujeres desgredadas y embriagadas, acababan de ser conducidas por la policia. El inspector, excusándose de no acompañarme, me indicó la habitacion en donde se encontraban Halsey y su esposa. Seguí un oscuro corredor que conducía á una puerta entreabierta; sin que el menor ruido revelase la presencia de ambos esposos. Empujé suavemente la puerta, y distinguí á Mara echada sobre la cama, teniendo cubiertos los piés con el capote de un amable agente de policia. La regularidad de su respiracion indicaba que, cediendo á los ruegos de su esposo, habia buscado en el sueño un olvido momentáneo de su horrible situacion. Arturo, que estaba sentado á su lado, tenia cogida su mano entre las suyas; no habia luz en la sala, y solo se veia el triste resplandor que daba la chimenea.

Murmuré el nombre de Arturo; este se levanta, deposita la mano de su mujer en el lecho, y despues de haberla besado, se dirige hácia mí y me dice:

— ¿Y bien, qué habeis conseguido de ese hombre? Con el corazon oprimido y en medio de las mayores precauciones, le enteré del mal resultado de mis gestiones, exhortándole á que tuviera valor en su infortunio.

Halsey estuvo consternado durante algunos segundos; y cuando se repuso de ese nuevo golpe, me añadió:

— Habiéndose hecho público este asunto, la justificacion debe serlo tambien: Mara será juzgada, y desde mañana haremos que la pongan en libertad bajo fianza, y creo que no haya ningun juez que la condene. Cuento con vos, amigo mio, para defenderla; sed pues el consejero de Mara, y entendedos al efecto con el attorney. Os ruego tambien paseis á ver á mi cuñado para dirigir un parte telegráfico á Merry respecto de la fianza. No quiero que en este desgraciado negocio intervengan mas que mis mejores amigos... Buenas noches... Ya lo veis, duerme... hace un momento me suplicaba que la perdonara. ¡Que la perdone, Dios mio! ¿Comprendeis esto, amigo mio? ¿Qué es lo que tengo que perdonarla?

Al dia siguiente Mara compareció ante el tribunal de policia del distrito que era el de 1ª instancia, de los dos que debian entender en este proceso, á menos que el querellante no desistiera. Mara Halsey, de edad de veinte y ocho años, estaba acusada de robo de tres sortijas de un valor de 75 libras esterlinas, pertenecientes á Jabez Mowleson. Su marido habia pasado toda la noche con ella, y cuando llegó la hora, fué conducida á su triste destino en un coche, sin mas escolta que un agente de policia, en traje de paisano, sentado sobre el pescante. En el tribunal tampoco estuvo encerrada con los demás presos, porque el magistrado, que conocia á Halsey, dió las órdenes para que fuera introducida en su habitacion. Por un privilegio especial, Mara fué colocada en una silla enfrente del juez, teniendo su marido á su derecha y yo á su izquierda con el attorney. Al verme me tendió su bonita mano acompañada de una triste sonrisa, para darme las gracias por no haber dudado de ella. Indudablemente Halsey la habia instruido del interés que yo habia tomado por ella, y de lo que habia trabajado el dia anterior. En efecto, habia pasado toda la noche en consulta con otros abogados que habia sacado de la cama para buscar los medios de poder rechazar tan injusta acusacion. Aun pensé que se me uniese otro abogado mas hábil y mas práctico que yo; pero Halsey me habia contestado:

— No hay mejor consejero que un amigo. Vos defendereis á Mara ante los tribunales.

Y creo, en efecto, que tenia razon. Un público numeroso se apiñaba en la sala de audiencia, como jamás se habia visto. ¿Cómo explicar esta afluencia? ¿Cómo era que un acontecimiento del dia anterior, desconocido todavia de los periódicos de la mañana, hubiera podido atraer al tribunal no solo el « vulgum pecus » de los dias ordinarios, sino abogados, gentes de la alta sociedad, y antiguos discipulos de la universidad de Oxford? Este hecho no me le explico todavia. En suma, este auditorio era simpático á Mara, y el juez no ocultó su interés por la situacion en que se encontraba la jóven esposa.

Las declaraciones fueron breves. El respetable Mowleson cuenta los hechos conocidos del lector. Por mi parte, me limité en mi defensa á establecer estos tres puntos: 1º que Mara no habia pedido ni sortijas, ni alhajas de ninguna clase; 2º que la mujer que la habia hablado en la tienda no era sino una mendiga; 3º que la acusada no salió de la casa con precipitacion, y que habiendo sido conducida otra vez, no habia hecho ninguna resistencia, y hasta ella misma abrió sus bolsillos para que la registraran. Esta circunstancia fué confirmada por el agente de policia, añadiendo que la prevenida pareció mas sorprendida que alarmada de la acusacion, y que su actitud no habia cambiado, sino despues del descubrimiento de las sortijas en su bolsillo.

En el exámen que hice de la declaracion del diamantista, desplegué ex-profeso una excesiva moderacion; mis preguntas habian sido minuciosas, pero conciliadoras, pues deseaba conducirle al desistimiento. Mowleson, que esperaba ser cumplimentado por el ma-

gistrado por haber asegurado la accion de la justicia, se desconcertó por la simpatia general de que Mara era objeto. Entonces se preguntaba si perseverando en adelante con igual rigor, no comprometia sus intereses en lugar de protegerlos. Así fué que se mostró muy dispuesto á dejarse convencer, cuando añadí, al concluir mi defensa, que la conducta de Mrs. Halsey en este negocio probaba su ignorancia. ¿Por qué se habria dedicado al robo? No era por necesidad, pues tenia mas alhajas que ella podia desear. En su consecuencia, si se habia guardado las tres sortijas, solo seria por distraccion.

Esta conclusion fué apoyada por el juez.

Me parece evidente, M. Mowleson, dijo el juez, dirigiéndose al diamantista, que no hubo nada de intencional en la accion de la acusada.

Mowleson, visiblemente turbado, se vuelve hácia su attorney. Cada uno esperaba, sin mostrar gran ansiedad, el resultado de esta conferencia: todavia un minuto, y la queja quedaba retirada.

Pero hé aquí lo que sucedió.

A una pequeña distancia de mí estaba sentada, desde la abertura de la sesion, una mujer de edad avanzada, vestida decentemente, pero sin ninguna pretension, y que su aspecto grave, así como por el sitio que ocupaba en la audiencia, parecia ejercer una posicion oficial. Ya habia advertido algunas veces que ella trataba de ver la fisonomia de Mara; pero como yo me encontraba entre ambas, era difícil que pudiera verla sin cambiar de sitio. En aquel momento la desconocida se avanza y mira á Mrs. Halsey.

De repente Mara hace un movimiento de terror y palidece, como ya lo habia hecho en Sandbeach. ¿Qué va á suceder? Toda mi sangre reflujo á mi rostro: presentia alguna catástrofe.

Inflexible como la estatua del Destino, la matrona, en pié, le hace un signo al agente de policia para que se aproxime, y pronuncia algunas palabras á su oido.

— Si Vd. me permite, dice este funcionario, dirigiéndose al juez, la directora de la casa de correccion pide ser oida: dice que conoce á la persona acusada.

El rayo que hubiera caido en medio de la sala no habria causado mas viva emocion; pero á una señal del juez todo quedó en el mayor silencio: seguramente se hubiese oido caer una sola gota de agua. Por mi parte, no sabiendo si soñaba ó si estaba despierto, tal era la sorpresa que me causó tan extraño suceso, grité maquinalmente y por instinto:

— Pido que se tome juramento á esta señora.

Despues que la matrona prestó juramento, y designando con un gesto á Mrs. Halsey que estaba mas muerta que viva, dijo:

— Esta mujer es Mara Hort: fué juzgada hace diez años por muerte dada á un agente de policia, á consecuencia de un robo de alhajas. El tribunal la condenó á siete años de galeras; de los cuales solo ha sufrido cinco, por haber obtenido indulto del resto de la pena, hace cinco años próximamente.

En el mismo instante se oyó un terrible grito. Halsey se habia levantado con los brazos extendidos, cayendo despues al suelo como una masa inerte.

— ¡Arturo! dijo Mara, echándose sobre el cuerpo de su marido, te juro por nuestra hija que soy inocente, pues si me han condenado, no era yo la que habia cometido el crimen... hay un secreto que no puedo revelar... Arturo, háblame.

V.

Habia dos hombres que durante estos sucesos no cesaron un solo instante en creer en la inocencia de Mrs. Halsey, que eran su marido y yo. Los demás solo tuvieron por ella compasion, excepto los buenos habitantes de Sandbeach, que se llenaron de gozo al saber que sus sospechas se habian realizado sobre la jóven sin antecedentes. En cuanto á la señora Themis, juzgaba el negocio con esa luminosa precision que la distinguió siempre. Desde el momento que la acusada habia sufrido una primera condena, debia de haber cometido el crimen que se la imputaba. En su consecuencia fué llevada ante el tribunal y declarada culpable. El juez, hombre equitativo, instruido y flemático la amonestaba seriamente por haber sorprendido la buena fe de un hombre honrado, y adquirido una posicion de la que se habia hecho indigna. Además, veia muy probable que la acusada, aprovechándose de su buena posicion, habria organizado con sus antiguos cómplices un sistema de robos en las tiendas de lujo, y que el de las tres sortijas, descubiertas por un modo casi providencial, era la menor de sus hazañas. Concluyó por fin condenándola á diez años de prision.

Arturo Halsey no asistió al proceso de su esposa, porque una calentura cerebral de las mas violentas le tenia postrado en cama; pero mi concurso no le faltó un solo instante, como habia prometido á su marido. Despues de dictada la sentencia la tendí mi mano, que ella estrechó entre las suyas.

— Arturo y yo estamos convencidos de vuestra inocencia, la dije. ¡Que Dios os proteja! Consagraremos nuestra existencia para descubrir la verdad y rehabilitar vuestro honor.

(Se concluirá.)

La crisis ministerial

EN INGLATERRA.

El ministerio Gladstone, cuya existencia ha puesto en peligro una votación negativa de la Cámara de los Comunes sobre el bill relativo á la educación universitaria en Irlanda, es uno de los que mas han durado en Inglaterra desde hace medio siglo; tenía ya de vida mas de cuatro años. Si al pesar este hecho se toma en cuenta la popularidad de que disfruta M. Gladstone, el universal respeto que merecen su persona y su carácter; por último, si se recuerda que el bill de que se trata se refería solo á una cuestión de administración, independiente de la política general del gobierno, se comprenderá fácilmente la emoción que se apoderó de todo el Reino Unido, cuando se supo que no obstante el *ultimatum* del jefe del gabinete declarando que se retiraría si no se votaba el proyecto de ley, este acababa de ser desechado por una mayoría de tres votos. Nuestro objeto no es hablar aquí de tan memorable debate: lo único que diremos es que M. Disraeli no ha conseguido formar un nuevo ministerio, y que sigue al frente de la administración el anterior gabinete.

Ahora lo que si haremos es dar algunos detalles sobre la fisonomía de aquella sesión célebre y sobre algunos usos parlamentarios de Inglaterra.

Sabido es que, por lo regular, los miembros del Parlamento británico tienen sus sesiones por la noche. La del martes 11 de marzo, en la que se dió la gran batalla parlamentaria á que nos referimos, se concluyó á las dos y media de la madrugada.



M. CARDWELL,

Ministro de la Guerra, miembro del gabinete Gladstone.

El discurso de M. Gladstone, impreso en el *Times* que salió á las pocas horas, ocupa seis columnas de este diario.

Nuestro dibujo representa al primer ministro pronunciando su discurso. M. Gladstone está en pié, á la derecha de la mesa de la Cámara, con la mano puesta en la caja encarnada destinada á recibir los despachos del gobierno, pues ni en la Cámara de los Comunes, ni en la de los Lores, hay tribuna; sobre la mesa, y junto á la caja encarnada, se ven libros de jurisprudencia; tambien se ve la *masse* del *speaker* ó presidente, que coloca en los dos ganchos de la mesa cuando la Cámara está en sesión pública.

En el fondo del grabado el *speaker*, con su peluca oficial, ocupa el sillón. Los miembros de la Cámara que pueden, si gustan, permanecer cubiertos, están sentados en buenos asientos, pero sin pupitres delante.

En la sesión del jueves siguiente M. Gladstone anunció á la Cámara su resolución de dejar el poder; y la ovación que le hicieron á su salida del Parlamento, y que representa otro de nuestros dibujos, demuestra que el ministro no ha perdido su legitima popularidad por haberse extraviado en una cuestión especial.

Nuestros lectores verán tambien los retratos de dos de los mas eminentes colaboradores de M. Gladstone: el uno es M. Lowe, canciller del Echiquier, que administra desde hace cuatro años la hacienda del Reino Unido; y el otro es M. Cardwell, secretario de Estado en el ramo de Guerra, bajo cuya dirección acaban de hacerse importantes reformas en la organización militar de Inglaterra.

R.



CRISIS MINISTERIAL EN INGLATERRA. — Ovación hecha á M. Gladstone á su salida del palacio del Parlamento.

Escenas de la vida holandesa.

EL PREDICADOR AL AIRE LIBRE.

La primera vez que vi un predicador al aire libre, fué en el *Spui* de La Haya. Apoyado en un árbol y rodeado de bastante gente, hablaba muy alto y gesticulaba, y con vergüenza confieso, que lejos de sospechar el santo ministerio que ejercía así en la vía pública, le tomé por un charlatan que ponderaba un artículo de venta.

Me acerqué movido por un sentimiento de curiosidad muy natural en un forastero, con el deseo de escucharle un rato; pero las palabras: « Barmhartigheid Gods (1)... de straffen der Hel (2)... Eeuwig vuur (3)... de verlossing door het bloed van Jesus Christus (4)... de Wedergeboorte (5)... » vinieron á demostrarme que me había engañado y que me hallaba en presencia de un pastor que distribuía á un rebaño errante la palabra divina.

Como Mahoma iba al monte, había ido á buscar á los que no iban á él.

Si la concurrencia era bastante numerosa, debo decir que no era escogida ni escuchaba con atención. Así sucedía que el *predikant* apelaba con frecuencia al recurso de contar algún cuento de borrachos ó de maridos que maltratan á sus mujeres, anécdotas que desde el principio del mundo interesan á la muchedumbre.

Por lo demás, se concibe fácilmente que el público sea distraído y ligero,

- (1) Clemencia divina...
- (2) Las castigos del infierno...
- (3) El fuego eterno...
- (4) La redención por la sangre de Jesucristo...
- (5) La Regeneración...



M. ROBERTO LOWE,
Canciller del Echiquier, miembro del gabinete Gladstone.

pues se recluta principalmente entre la gente holgazana, muchachos que van á recados ó á la escuela, criadas que andan por la calle, empleados del telégrafo encargados de repartir despachos importantes... y en efecto, ¿cómo regañar á un empleado, á un chico ó á una doncella que se han parado á oír la palabra de Dios?

En todas partes donde aparecen criadas, asoman uniformes; si añadimos á la fuerza armada las personas del campo, que todo lo miran con la boca abierta, y los ociosos callejeros, tendremos la idea mas cabal de tales reuniones.

Mucho me interesaron en un principio todos esos predicadores al aire libre; pero cansado por fin de oír siempre los mismos argumentos, presentados de la misma manera, dejé de formar parte de su auditorio.

Hace algun tiempo, sin embargo, me había detenido el *Spui* á oír una predicación y á observar la concurrencia.

De repente siento una mano en mi hombro; me vuelvo y veo á Van X... consejero de Estado, uno de mis buenos amigos.

— ¿Teneis intencion de convertirnos? me pregunta.

- No por cierto.
- En ese caso, ¿qué haceis ahí?
- Escucho y me instruyo.
- Pues para instruiros no necesitais enfriaros los piés en el arroyo, y estariais mucho mejor en *s'Iakobs* (1), y si no, puedo enviarnos un *predikant* á vuestra casa.

— Mil gracias. ¿Con que hay predicadores que van á las casas?

— Sí, me respondió el consejero, y en verdad que deben armarse de paciencia, pues su tarea es ingrata y difícil, unas veces les reciben mal, otras les cierran la puerta... Sin embargo, hay ocasiones en que mejor acogido suele convertir pecadores y pecadoras.

(1) Iglesia principal de La Haya.



ESCENAS DE LA VIDA HOLANDESA. — El predicador al aire libre.

— ¿Y hay ejemplos de esas conversiones hechas en las casas?
 — Ciertamente. Conozco un *predikant* que el año último ha convertido á tres pecadoras.
 — ¿Qué edad tenían?
 — Sobre cincuenta años...
 — ¡Ah!
 — Os interrumpo. ¿Ignorais que el corazon se endurece con la edad y que es tanto mas difícil hacerle entender la verdad cuanto mas ha perseverado en el error?
 — Exactísimo. ¿Y qué hacen ahora las tres convertidas?
 — Están de criadas.
 — ¿Buenas criadas?
 — Poco mas ó menos como todas.
 — El elogio no es grande, pues en este pais no está muy adelantado el servicio, por ningun concepto.
 — ¿Qué queréis? En este mundo no debe uno mostrarse demasiado exigente.
 Y sobre esto el consejero me estrechó la mano y se alejó, y yo me volví á mi casa meditando en la sábia filosofía que encerraban sus últimas palabras.

J. F.

El manuscrito de un loco.

(LEYENDA.)

(Continuacion. — Véase el número 1,055).

Tres individuos, sentados al rededor de una misma mesa, jugaban con una baraja grasosa, y otro, sentado en otra se ocupaba en hacer líneas caprichosas con el dedo sobre ella, interrumpiéndose de vez en cuando para tomar un sorbo de aguardiente.

Este personaje vestía una ropa nueva, pero ordinaria; su color blanco y sus ojos negros, decorados por unas cejas pronunciadas y espesas, le daban un marcado aspecto de vigor y fuerza.

Me senté en la misma mesa.

— Caballero, le dije, parece que estais triste, y si me permitís que os acompañe...

— Con el mayor placer, caballero.

Después de una pausa me dijo, como concluyendo la frase:

— Sin embargo de que no tengo el gusto de conoceros...

Le dije mi nuevo nombre.

— Me habeis dicho vuestro nombre, justo es que os diga el mio: me llamo Onofre, y soy tratante en lanas.

Y volvió á guardar silencio y á ocuparse en trazar signos imaginarios sobre la cubierta de la mesa.

— ¿Pensais estableceros aquí? me preguntó después de un largo momento, suspendiendo su pueril ocupacion.

— No, permaneceré el tiempo suficiente para cumplir un juramento.

— ¿Un juramento?

— Sí, una promesa que hice á un moribundo.

— Ese juramento es sagrado, caballero.

— Y tanto mas sagrado, cuanto que la persona á quien lo hice...

— ¿Era una mujer?...

— Es verdad.

— ¿La amábais?

— Mucho; la única á quien he amado.

— ¿Y creéis no amar á ninguna otra?

— Estoy cierto.

Onofre sacó su reloj, y me dijo:

— Adios, tengo que asistir á una lotería; siento el dejaros, pero ya es la hora.

— Nos volveremos á ver.

— Cuando querais.

— Mañana.

— A estas mismas horas.

— Hasta mañana pues.

— Hasta mañana.

Ya tenía un amigo.

Ese hombre me parecia franco y sin doblez.

Salí de la taberna.

Y me dirigí al antiguo parador donde me habia alojado la primera vez.

VI.

Estoy habitando las mismas piezas, y pienso llevar el mismo método de vida que intenté observar á un principio.

El patron no me ha conocido, circunstancia que me ha alegrado.

Le he hablado de mí; tiene solo vagos recuerdos.

Me supone preso á perpetuidad por cómplice en un envenenamiento, y refiere acerca de esto la historia mas absurda y disparatada que puede oirse.

Hé aquí lo único que sabe.

Pero tambien es verdad que estando el parador si-

tuado á distancia de la ciudad, las noticias llegan desfiguradas.

Esa noche dormí tranquilo.

Al dia siguiente me levanté de mañana y me ocupé en escribir á las diferentes casas donde tenia fondos colocados.

En seguida pedí el desayuno y el diario.

En la primera columna se encontraba la siguiente noticia:

« *Fortuna improvisada. Ventajas de la lotería.* — El número 9,200, perteneciente á un tratante en lanas, ha salido premiado con una considerable cantidad. No sabemos aun el nombre del agraciado, pero mañana será anunciado. »

« Pocos son los boletos que quedan ya para la próxima lotería. »

Este anuncio me recordó la promesa que habia hecho á mi nuevo amigo de verle en la taberna.

Me vestí apresuradamente y salí.

Debo advertir que ni por un momento se me ocurrió que mi amigo del dia anterior hubiera sido el premiado.

VII.

Merced á un carricoche del patron del parador, me trasladé en pocos momentos á la ciudad.

Sin embargo que mi corazon no necesita emocion alguna para vivir, presentia cierto deseo de comunicar mis ideas, por eso es que asistia con gusto á la cita.

No podia suceder de otro modo; á fuerza de padecer, habia terminado por no creer en la amistad, y si ahora busco un amigo, no es precisamente porque creo encontrarle, sino porque es preciso aparentar tenerlos.

Hipocresia y egoismo.

Hé aquí lo único que en abundancia he encontrado por doquier.

Han dicho que la civilizacion trae bienes á la sociedad y la encamina á su perfectibilidad.

Puede ser.

Grandes hombres lo han dicho.

Pero lo que es por mi, no lo creo.

La experiencia, ese libro con caracteres indelebles que se graba en nuestro pecho, me lo dice así.

He dicho, lector, que soy escéptico.

Y cada cual puede tener las creencias que le convengan.

¡Hombres he visto yo que sacrificarían lo mas sagrado de sus afectos por una moneda!

Y esta deificacion del oro es debida á la civilizacion.

¡Ah! ¡cuánto mas valiera vivir ignorándolo todo que saber mucho, para no conocer nuestros defectos y flaquezas!

Por mi parte confieso que hubiera sido mas feliz permaneciendo alucinado, como decia el doctor, y por eso es que dije antes que las casas de locos, no sé si son útiles ó perjudiciales á la humanidad.

No os riáis, lector.

Tened presente que es un loco el que habla.

Y recordad que muchos que pasan por cuerdos son mas locos que yo.

Leedme, que nada de extraordinario os cuento.

VIII.

Cuando entré en la taberna, Onofre me esperaba ya.

— ¡Hola! me dijo; á fe que sois puntual en vuestras citas, y si esta exactitud gastais con las damas, desde ahora os vaticino felicidad con ellas.

— ¡Felicidad! murmuré; ya hace tiempo que esa palabra para mí tiene tanto valor como cualquiera otra.

— Sin embargo, esa palabra es el fantasma de oro tras del cual corremos sin poderlo asir, es el aliciente que nos sostiene, que endulza la amargura de nuestra existencia. Por las pocas palabras que habeis hablado, creo en vos á uno de esos hombres á quienes la adversidad ha desgarrado la venda que cubre nuestros ojos. No sé si me equivoco.

— Es verdad.

— Tambien yo he sufrido bastantes desengaños; pero felizmente conservo suficiente energia para olvidarlo todo, y si algun recuerdo evoco, os aseguro que se desliza sobre mi corazon, como por la superficie de una coraza de acero.

— Segun eso, ¿habeis padecido mucho?

— Mucho; tanto como vos.

— Yo, no. Me juzgais por las apariencias, y no toméis á mal que os diga que sois mal fisonomista. No puedo lamentar otra desgracia que la muerte de mis padres.

En mi nuevo amigo (y digo amigo porque es preciso llamarle así) creí ver uno de esos hombres peligrosos, y por eso traté de ocultarle todo.

— ¿Es decir que sois solo?

— Sí.

— Tanto mejor.

— ¿Y vos?

— Tambien. Y os confieso que desde ayer que os ví os he cobrado una aficion que no he tenido por ningun hombre, y esto os parecería tanto mas extraño si

supiérais mi historia; pero prometedme que no me preguntareis nada acerca de ella, como tambien yo acerca de la vuestra si la teneis.

— ¿Tan extraordinaria es vuestra historia?

— Es que recuerdos pasados suelen abrir heridas incurables.

— Teneis razon, y acepto vuestra propuesta con mucho gusto.

— Vuestra mano.

— Aquí la teneis.

— ¡Ah! exclamó Onofre visiblemente conmovido; ¡mucho tiempo hacia que no apretaba la mano de un hombre honrado!

Yo, sin poderlo evitar, lancé un suspiro, y una lágrima rodó por mi megilla.

— Emilio, me dijo moviéndose de su asiento; veo que sois un buen muchacho; seremos, si lo queréis, inseparables. La amistad consagrada con lágrimas es eterna.

— ¿Quién sabe! murmuré interiormente, y recordé las promesas de Lucila.

¡Recordé los juramentos consagrados con lágrimas y tan fácilmente quebrantados!

— Probaré, dije, si el hombre aun en esto es superior á la mujer.

— Si mal no recuerdo, me interrumpió Onofre, ayer dijisteis que no pensábais permanecer aquí.

— Es verdad.

— ¿Y qué pensais hacer?

— Yo tambien tengo semejante pensamiento, y lo mas singular es que data de ayer á hoy.

— Viajaremos juntos.

— Esto mismo os venia á proponer; y ya que me admitís, dejo á vuestra disposicion el itinerario.

— Ya habrá tiempo para pensar en ello.

— Quiero aturdirme, Emilio; quiero reir, bailar, enamorar... quiero, en una palabra, llevar una vida de héroe de balada alemana. Una existencia semejante creo que tambien os convendria, Emilio; porque, aunque tratáis de ocultarlo, teneis recuerdos que os roen el corazon. ¿Qué importa que tengamos risa en los labios y lágrimas en el corazon, y que nuestras palabras de amor sean una mentira? Ya lo vereis, nos acostumbraremos á todo. Seremos dos malos cómicos en este gran teatro donde se representa una farsa interminable.

— Me entrego á vos, amigo mio.

— Ya vereis, Emilio. Hoy he abandonado el destino de tratante en lanas, merced á la lotería que me cayó ayer.

— ¿Con que erais vos el tratante de que hablan los periódicos?...

— Sí, soy yo.

— Mucho me alegro.

— Gracias, Emilio. Con que ya veis que esa maldita é inconstante fortuna me protege; aprovechemos pues su proteccion, y ¡viva la camorra! ¡Patrona! ¡Pulpera condenada! ¡Una botella del mejor vino! ¡Abajo el aguardiente, viva el champaña! ¡Gracias á la lotería hay con qué pagar!

Yo conocia en Onofre una alegría forzada; pero él habia dicho que seriamos dos malos cómicos, y no tuve inconveniente en imitarle.

Haciamos el papel de rateros que, murmurando oraciones en un templo, extraen el bolsillo al prójimo que tiene la desgracia de colocarse á su lado.

Ambos, con la sonrisa en los labios y el desengaño en el corazon, bebiamos maquinalmente.

— Convengamos, dijo Onofre después de apurar un vaso de excelente Borgoña, en el dia de nuestra partida.

— Creo haberos dicho que tengo un juramento que cumplir.

— Recuerdo, amigo mio. Y ¿cuándo pensais cumplirlo?

— Hoy ó mañana.

— ¿Y en seguida?

— Partiremos.

— Pues entonces os dejo; no quiero haceros perder tiempo.

— Aguadad; necesito que me conduzcáis al gabinete de historia natural.

— Y ¿qué diablos vais á hacer allí?

— A cumplir con un deber sagrado.

— Rodeado de misterios estais; pero hemos prometido guardar silencio acerca de nuestro pasado.

Un cuarto de hora después estábamos ante la puerta del edificio.

— Aquí es, me dijo Onofre.

— Gracias.

— Os dejo; mañana á la misma hora nos volveremos á ver en la taberna.

— Está bien. Procurad arreglaros, porque hoy probablemente quedaré desocupado.

— ¿Es decir que mañana es indudablemente nuestra partida?

— Mañana.

— No faltará.

Onofre se despidió, y yo penetré en el edificio donde estaba situado el gabinete de historia natural.

IX.

Nada mas triste y repugnante que un establecimiento de esta clase para las personas que no han pasado por las amargas peripecias de esta vida.

Nada mas interesante para un médico, acostumbrado á leer en un esqueleto la historia de la humanidad, por el número de sus huesos.

Sin embargo de que yo entraba por la primera vez á un lugar semejante, no experimenté sensaciones de ninguna especie, ni aun la de la curiosidad.

Podia crearme un cadáver ambulante que observaba á muchos otros de diferentes edades, disecados.

Mis ojos recorrían las largas filas, buscando en vano al de Lucila.

Todos me parecían iguales unos á otros.

Y si en alguno creia descubrir alguna semejanza con la desgraciada mujer, al aproximarme, me parecia que el esqueleto sonriéndome decia :

En vano procuras conocerme. ¡ En este libro solo Dios puede leer !

¡ Dios !...

Me senté en un banco y me sumergí en un océano de pensamientos.

Si todos esos cuerpos se animaran, recobrando las formas que la muerte les ha arrebatado, reconoceria entre todos á Lucila, estoy seguro.

Pero ella no me conoceria.

Asi permaneci largos momentos, hasta que el ruido de pasos me hizo volver en sí.

Era un anciano que pasaba cerca de mí.

— Caballero, le dije, necesito hablar con el director, y si teneis la bondad de indicarme dónde podre encontrarle, me hareis un señalado servicio.

— Estais hablando con él. ¿ En qué puedo servirlos ?

— Tal vez esteis ocupado, y entonces podre volver á la hora que me indiqueis.

— ¿ Es largo lo que teneis que decirme ?

— No, caballero.

— Os escucho.

— Desco saber cuál de estos es el esqueleto de una mujer que murió envenenada hace un año.

— A esa pregunta es muy difícil contestaros. Aquí teneis, añadió mostrándome cuatro esqueletos, los que se disecaron en el tiempo que indicais. Tres son de mujeres y uno de hombre. Además, los practicantes de aquel tiempo se han recibido, y los que ahora existen son nuevos.

— Es decir, que es imposible saber...

— Creo que sí.

— ¿ Enteramente ?

— ¿ Para qué necesitais saberlo ?

— Para dar sepultura á ese cadáver.

— Eso es imposible.

— Lo sé, caballero, pero yo daria por él la cantidad que se me exigiera.

— Solamente así...

— Con que, ¿ decis que es imposible ?

El director guardó silencio.

— No del todo, me dijo despues.

— ¡ Ah ! ¿ Es verdad ?

— Solamente de un modo.

— ¿ Cuál ?

— Venid, me dijo.

Y me condujo á un gabinete particular, abrió un estante y sacó un libro en folio.

Ved en ese libro el año en que murió la persona que buscáis, y ahí encontrareis anotado el nombre y la enfermedad, etc., y por el número del margen puede conocerse entre todos los esqueletos el que necesitais.

Un tigre hambriento no se abalanzaria con mas ansia á su presa, como yo al libro.

El director se puso á escribir.

Yo busqué el año, lei repetidas veces las nomenclaturas de nombres y las anotaciones, pero infructuosamente.

Cerré el libro con desaliento.

— ¿ Encontrásteis ? me dijo el director.

— No, le respondí.

— ¿ Habéis buscado bien ?

— He recorrido todo el año tres veces.

— ¿ Y no habeis encontrado nada ?

— Nada.

— Entonces, no está el esqueleto de esa mujer.

— Si fuera así...

— Yo os lo puedo asegurar... salvo algun olvido ó omision...

— Caballero, siento mucho haberos incomodado.

Saludé y salí enteramente desconsolado.

Me dirigí al parador para arreglar lo necesario para el viaje.

Onofre me habia dicho la verdad; necesitaba aturdirme, establecer un nuevo método de vida, y me resolví á seguir el que me indicase.

Al dia siguiente, Onofre y yo galopábamos en una silla de posta con direccion á la ciudad de K...

CUARTA PARTE.

EL, ELLA Y YO.

I.

Pagaré por alto un año, durante el cual solo frecuentamos los cafés y paseos, contrayendo amistad con gente de esa que generalmente se llama de truco.

Debo advertir que yo habia variado en apariencia completamente.

Frecuentaba las casas de las cortesanias mas á la moda, y debo confesar que solo allí he encontrado la verdad sin disfraz.

El teatro era para mí un cuadro de opacas tintas, y por consiguiente, un cuadro demasiado oscuro del reflejo de la sociedad.

Un dia que asistíamos á una ópera, á una de esas impropias farsas donde se llora cantando y donde se muere haciendo escalas cromáticas, me llamó la atencion una encantadora mujer que estaba en uno de los palcos de proscenio.

A poco de haber principiado la funcion, sonó la portezuela del palco, y entonces la vi por primera vez. Avanzó mirando con indiferencia á la platea y galeria, abandonó en el respaldo de un sillón su chalon de cachemira de enorme valor, y se sentó dejando ver á la concurrencia sus alabastrinos hombros y el nacimiento de un seno admirable.

Nunca olvidaré esta aparicion.

Despues de Lucila, no recuerdo haber visto otra persona mas seductora, mas provocadora.

Esa mujer tenia ojos azules velados por crespas y largas pestañas negras, y una mirada de fuego que contrastaba con la pálida blancura de su tez.

Esa mujer que aparecia á su palco, arrojando una mirada de desden y excitando un murmullo general de admiracion, esa mujer, lo repito, me conmovió como si hubiera recibido un golpe eléctrico.

Comprendí que esa mujer, que ni aun conocia, iba á trastornar mis planes y á sacarme del estado de prostracion moral en que me encontraba.

En uno de los entre actos distinguí en el fondo del palco á un caballero estrictamente vestido de negro.

Ese nuevo descubrimiento no me agradó.

Y sin embargo yo no conocia á esa dama.

Pregunté á uno de mis compañeros por el individuo vestido de negro.

— Es el conde de Pamerál, me dijo.

— Segun eso, añadió yo, esa dama es la condesa...

— Nada.

— ¿ Quién es ?

— Su cortejo.

— ¿ Esa mujer !...

— ¿ Esa mujer ! ¿ Qué de extraño veis en ello ?

Yo no respondí.

Seguí observando el palco con mas atencion.

Poco despues me dijo Onofre :

— Emilio, despues de la ópera nos reuniremos para matar la noche en casa de la bailarina.

— Creo que Emilio, respondió uno de sus compañeros, tendrá mas deseos de visitar á Carolina.

— ¡ Diablo ! dijo otro; bien se pudiera hacer una robada al conde de Pamerál.

— Excelente, dijo Onofre; á un viejo se le desbanca luego. Con que, Emilio, faltaremos á la cena de la bailarina; pero en cambio tendremos el placer de conocer á Carolina.

Yo observaba la alegría de todos, alegría que no podia imitar, y me admiraba cómo esa mujer no habia producido en mis compañeros la sensacion que en mí.

— Estoy dispuesto, respondí; pero creo que mañana seria mas acertado.

— Sí, dijo Onofre; además, no haremos aguardar á Adela. Mañana, señores. Por mi parte, juro desbanca al conde. ¿ Y vos, Emilio ?

— Os cedo el campo.

— ¿ Sabeis la historia de esa dama ? dijo uno.

— No.

— ¿ Es curiosa ?

— Así.

— ¿ La historia, la historia !

— No espereis oír gran cosa.

— Queremos conocer el campo antes de dar la batalla.

— Pues señores, dijo el narrador, la historia de esa mujer es la historia de todas las mujeres.

— ¡ Bah !

— Quiero decir que esta dama apareció hará tres meses con un lujo y un boato inusitado, ó mas bien dicho, el conde de Pamerál, que habia salido á tomar baños calientes, volvió acompañado. Hé aquí la historia, señores.

— Habeis olvidado lo principal.

— ¿ Qué ?

— Lo que se dice acerca de su origen.

— ¿ Y qué se habla ? preguntó Onofre.

— Que era una lugareña que apacentaba ganado, y que los dias de fiesta iba al mercado del pueblo vecino, á vender flores silvestres.

— Y el conde la encontró de paso y se la trajo, este está claro, amigos míos, dijo Onofre.

Concluida la ópera nos dirigimos á casa de Adela, una bailarina muy secundaria.

Esa noche nos recogimos muy tarde, y yo no pude conciliar el sueño.

Y ¡ cosa extraña ! jamás, en mucho tiempo, me habia acordado tanto de Lucila.

— ¡ Pobre Lucila !...

II.

Al dia siguiente, acompañados de uno de nuestros compañeros, nos dirigimos á casa de Carolina.

Yo, reclinado contra los cojines del carruaje, no

tenia otro temor que ir á ver á una mujer demasiado hermosa.

Como se ve, desconfiaba de mis propias fuerzas.

Mis compañeros se reian y conversaban como si fueran á ver algun animal raro.

Carolina nos recibió con esa fria etiqueta que caracteriza á la cortesana de talento.

Durante la visita hablé muy poco, y solo me ocupé en observarla, mientras ella conversaba con Onofre.

No sé definir qué influencia ejercia aquella mujer sobre mí.

El corazon me latia, y sentia la cabeza calenturienta.

Nuestra visita fué corta, y yo hice un papel ridiculo.

Carolina nos dijo que tendria el mayor placer en vernos con frecuencia.

Todo este dia noté á Onofre algo triste; á la tarde no nos acompañó al paseo, pretextando indisposicion, y se encerró en su aposento.

Al anoecer, alarmado por la transicion que habia notado en mi amigo, me dirigí á su aposento, y le golpeé la puerta.

— ¿ Quién ? gritó.

— Yo, amigo.

— ¡ Ah ! Emilio, entrad.

Entonces abrí la puerta, y noté que se habia apresurado á ocultar un objeto con los papeles que en desorden cubrian gran parte de la mesa.

— Llegais á tiempo, Emilio, me dijo; os deseaba. Sentaos.

Acerqué una poltrona y me senté.

III.

— Veamos para qué me necesitais.

— Para revelaros un secreto que hasta esta mañana habia creído que moriria conmigo.

— ¡ Un secreto !

— Sí, Emilio. Hay circunstancias excepcionales en que necesitamos comunicar nuestros secretos.

— Hablad, Onofre, y creed que el que os escucha es un amigo, mas aun, un hermano.

— Así lo creo, Emilio, y es por eso que voy á revelaros la triste historia de mi pasado. Esa mujer que he visto esta mañana...

— ¿ Carolina ?

— Sí.

— ¿ Y qué ?

— No se aparta de mi imaginacion... la veo ahora, Emilio... la estoy viendo...

— Pero ¿ qué de particular puede haber entre vos y Carolina, para...

— Es que vos no lo sabeis, amigo mio. Esa mujer será el fantasma de mi remordimiento. Yo no he sido jamás tratante en lanas, como en un principio os dije; he sido un mártir. Vi una ocasion en una mujer, me enamoré y me desposé con ella, sin saber que tenia un amante. Sufri un engaño espantoso; creí ser feliz, y, sin saberlo, cargaba con el infierno de mi vida.

¿ Sabeis, Emilio, lo que son celos ?

— No, murmuré con sombría voz.

— Sois entonces feliz. He dicho que mi esposa tenia un amante, y yo era presa de la desesperacion mas terrible.

— ¿ Matásteis á vuestro rival ?

— No; cuando hubiera podido hacerlo, yo habia cambiado considerablemente por la bebida de licores espirituosos á que me habia entregado, y este vicio habia extinguido en mi pecho otro mas terrible, el deseo de sangre... ¡ Oh ! si ahora le viera...

Cuando oí hablar semejante palabra á Onofre, quedé estupefacto como si un rayo hubiera caído á mis piés.

¿ Seria este desgraciado el esposo de Lucila ?

La ansiedad me ahogaba.

Y por mi frente corrian gruesas gotas de sudor.

¡ El esposo de Lucila á mi lado y yo le buscaba sin conocerle !

¡ Oh ! no puede ser.

MANUEL CONCHA.

(Se continuará).

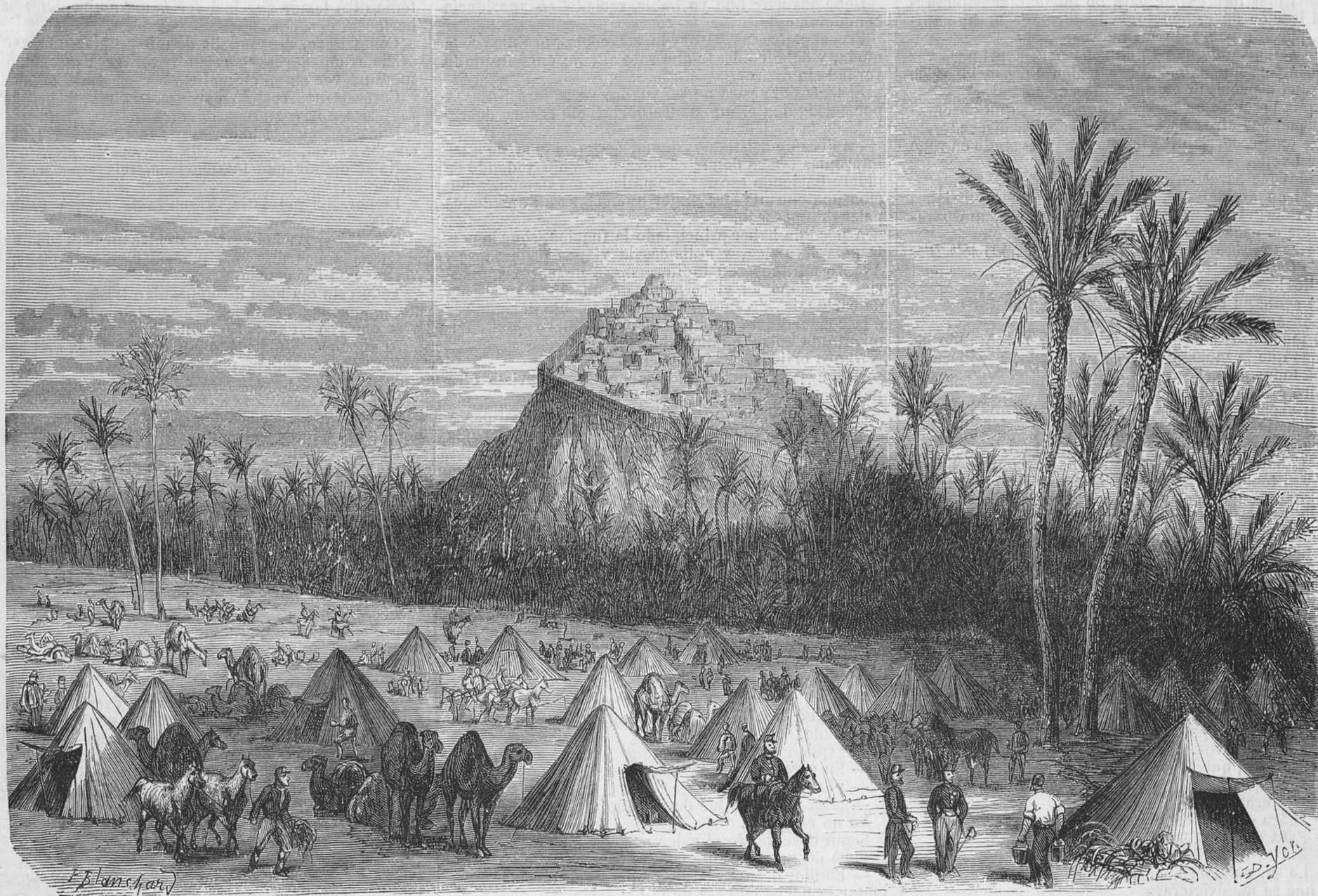
Africa.

EXPEDICION FRANCESA AL SAHARA ARGELINO.

El Goleah.

Una expedicion muy importante acaba de tener efecto en el Sahara argelino, con el objeto de abrir al comercio francés una ruta hácia Tuat, sobre Tombuctu y el pais de los negros. Una columna del ejército francés, mandada por el general Gallifet, ha conseguido llegar, por medio de un golpe de audacia al oasis y al Ksur del Goleah, pais de los Chambas, que por su situacion en el desierto son los centros á que afluye todo el comercio de las poblaciones mas lejanas.

La columna salió de Biscara, provincia de Constantina, el 15 de diciembre de 1872, y se componia de dos compañías de turcos, tres compañías disciplinarias, un escuadron de spahis y tres pelotones de cazadores de Africa, formando un efectivo de 830 hombres.



AFRICA. — Expedicion francesa al Sahara argelino. — El Ksur del Goleah.

Esta expedicion se dirigió hacia el Sur, por el camino que ordinariamente siguen las caravanas, bajo directamente á Tuggurt, capital del oasis del Ued-Righ; y continuando su camino, siempre en la misma direccion, llegó el 8 de enero á Uargla.

Esta última poblacion está situada en medio de las dunas de la Heicha en un oasis de seiscientas hectáreas en la parte meridional de la provincia de Argel. Aquí la columna expedicionaria hizo un alto de tres días, que empleó para asegurar su marcha al través del Sahara argelino, en donde penetró el 11, y debía internarse hasta mas de 350 kilómetros.

Tres mil camellos, sobre los cuales iba montada la infanteria, llevaban diferentes provisiones y ochenta mil litros de agua que se consideraron suficientes, aun cuando la expedicion hubiera durado cuarenta días.

La columna acampaba durante la noche, y se ponía en camino al amanecer, marchando durante el día al través de ese vapor rojizo que parece moverse algunas veces en la atmósfera que envuelve al Sahara, y que hace creer, no pocas veces, en la existencia de erupciones volcánicas. Durante esta larga marcha fueron acometidos tres veces por el simun, ese terrible viento del Sur que levanta nubes de arena, y que bajo sus ardientes olas sepulta caravanas enteras.

A los catorce días despues de su salida de Uargla, es decir, el 24 de enero, la columna llegó á dar vista al oasis del Goleah, que era el objeto principal de la expedicion, y poco tiempo despues acampaba ya al pié del mismo Ksur, del que ofrecemos un grabado á nuestros lectores.

El Ksur del Goleah corona la cima de una montaña de forma cónica, y que tiene cerca de doscientas casas, circuida de una muralla de gran espesor y guardada de almenas. Un profundo é inmenso pozo provee de agua en gran abundancia á los habitantes, y al pié de la montaña brota un manantial que vierte en un vasto pilon, en donde veinte camellos pueden beber de frente. El oasis y el Ksur del Goleah están habitados por los Chambet el Mahdy, una de las tres grandes fracciones de la tribu de los Chambas, ocupando las otras dos los Chambet Berazegua, Metlily, y los Chambet Bu Ruba, Uargla. De los habitantes de los Chambet el Mahdy, los unos viven en la poblacion del Goleah y los otros se acampan bajo tiendas de campaña, en medio de huertas y de grandes plantacio-

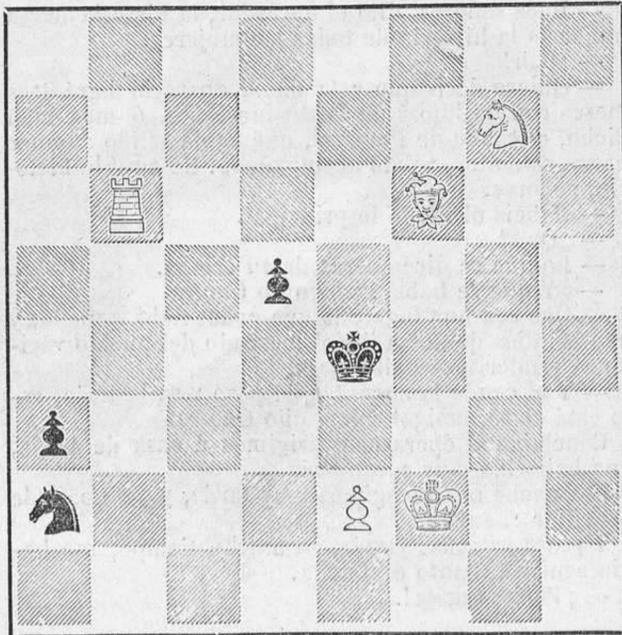
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 375.

- 1 C 6ª TR T toma T
- 2 T 7ª ARª jaque R 3ª Rª
- 3 C 7ª AR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 376, POR M. F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

nes de palmeras. Durante la noche estos jardines están muy frecuentados por los habitantes de la ciudad y de los aduares, sin que las mujeres se hallen excluidas de estas reuniones, pues su presencia en estos sitios da naturalmente mayor encanto á estos paseos, en que se encuentran tambien cantores, improvisadores y músicos tocando la flauta bajo bóvedas de verdura, que hacia resaltar con sus mil colores un cielo sembrado de estrellas.

El Goleah se encuentra casi sobre la orilla del gran desierto, á mitad de camino de Uargla á Timimun, uno de los principales centros de la poblacion del Tuat, gran oasis del Sahara que sostiene un gran comercio con Tombuctu por medio de caravanas. Este viaje del Goleah al Tuat no carece de peligro, así como las cercanias del oasis de los Chambet el Mahdy y la travesia por el gran desierto, pues los Tuaregs, que es un pueblo errante diseminado en todo el espacio que separa la Argelia del Africa central, y mas particularmente sobre los confines del Sudan, recorren todas estas comarcas con una gran rapidez, gracias á su cabalgadura, el mahari, camello ordinario. Los Tuaregs, montados sobre estos ligeros camellos, hacen fácilmente 35 á 40 leguas diarias. El Farqui, que es de alta estatura, ágil y fuerte, está armado de una larga lanza y de un sable con dos filos, su arma favorita, y con el que hiera á su enemigo en las corvas, pasando su vida recorriendo el desierto en persecucion de las caravanas y exigiéndoles crecidos rescates cuando no los asesina para robarlos, y poniéndose en emboscada al rededor de los pozos mas frecuentados. A los Tuaregs se les ve con frecuencia errantes al rededor del Ued Bergharui y del Hassy-Cedra, puntos situados á poca distancia del Goleah. Ya Ksur estuvo sitiado por tribus errantes durante siete años, si debemos creer una historia traida por el general Daumas, sin que pudieran apoderarse de la poblacion.

Es, pues, de esperar, que esta expedicion en el Goleah hará que estos osados saltadores se alejen de todas aquellas comarcas en donde puede alcanzar la espada del ejército francés. Entre tanto, la llegada de la columna del general Gallifet ha dejado estupefactos á los habitantes de Chambet el Madhy, que no intentaron hacer la menor resistencia.

El regreso de la expedicion á Uargla se efectuó en siete días solamente, llegando el 22 de febrero á Tuggurt.

C. P.